
Olivia T. Turner
Perdida... y
ENCONTRADA POR EL
MONTAÑÉS

PERDIDA... Y ENCONTRADA POR EL MONTAÑÉS

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2026 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

Perdida… y Encontrada por el Montañés

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Epílogo
Epílogo

Otras Obras
Otras Obras

PERDIDA… Y ENCONTRADA POR EL MONTAÑÉS

Soy una chica de ciudad.
La naturaleza no es lo mío.
Es un asco.
Bichos, osos, hiedra venenosa.
Lo que se te ocurra, lo odio.
Así que, cuando mi sobrina me pide que la acompañe de acampada, me horrorizo.
Pero soy una buena tía, así que le digo que sí.
Bueno, pues fue un error garrafal.
Uno de tantos.
Olvidarme el repelente de insectos. Eso fue un error.
También lo fue pensar que podía controlar una canoa.
Alerta de spoiler: no sé.
Cuando me pierdo del grupo sin remedio en medio de la naturaleza salvaje, creo que he cometido un error fatal.
Hasta que Cyrus me encuentra.
Es grande, fuerte y el hombre más duro que han visto estas montañas.
Pero pierde toda su fuerza en cuanto me ve.
Una obsesión se apodera de él y no está dispuesto a dejarme marchar.
¿Hay algo en la guía de supervivencia para cuando un fornido hombre de la montaña se obsesiona contigo?

Alerta de spoiler: no. No lo hay.

Mia está a punto de descubrir si los hombres con barba lo hacen mejor. Creo que ya sabemos la respuesta a esa pregunta, pero acompáñanos igualmente en esta aventura y observa cómo este macho alfa obsesivo mueve montañas por su chica.
Insta-love en estado puro, sin infidelidades y con un final feliz superdulce garantizado. virginidad por partida doble. ¡Que lo disfrutes!

CAPÍTULO UNO

Mia

—¿Estás segura de que te parece bien venir con nosotros? —me pregunta mi sobrina de nueve años, Violet.

—¡Claro que sí! —digo tragando saliva—. ¡Me *encanta* ir de acampada!

Me mira con escepticismo mientras intento forzar una sonrisa que no parezca la de una desequilibrada.

—¡Es verdad! —insisto cuando queda claro que no se lo traga—. ¡Árboles, bichos y dormir al aire libre donde viven los osos! ¿Qué puede no gustarme? ¡¿A que sí?!

La monitora del Club de Jóvenes Aventureros convoca a todo el mundo para que se reúna y Violet sale disparada hacia allí, rebosante de entusiasmo. Echo un último vistazo a mi coche aparcado en el lote y me dirijo hacia el grupo con el estómago revuelto.

Me sentí tan honrada cuando Violet me pidió que la acompañara en el viaje de acampada de dos noches que dije que sí de inmediato, sin dudarlo. Fue solo después de colgar el teléfono y de que se me pasara el subidón cuando me di cuenta de lo que había aceptado.

Soy una chica de ciudad. La naturaleza no es lo mío.

Prefiero los taxis a las canoas y la televisión a las hogueras. Odio profundamente los insectos de todas las formas, tamaños y grados de capacidad de picadura. Todos son una porquería en lo que a mí respecta.

Pero no puedo fallarle a Violet. Miradla, está tan mona con ese uniforme morado y tan orgullosa de sus insignias. No tengo más remedio que aguantarme y hacerlo por ella.

Con el aliento contenido en la garganta, me acerco al grupo con una sonrisa nerviosa plantada en la cara.

—Hola —le digo a uno de los padres.

Frunce el ceño mientras me mira las bailarinas. —¿Esos son los zapatos que vas a llevar?

Le devuelvo una mirada de pocos amigos. Sé que son de la temporada pasada, pero quedan monas con mi jersey. Además, ¿quién porras es él para juzgar *mi* estilo? ¡Si lleva una camiseta vieja y rota metida por dentro de unos pantalones multibolsillos!

—Se te van a ensuciar y no tienen sujeción en el tobillo para hacer senderismo.

Ah. Cierto. Eso.

—Es lo único que tengo —murmuro.

Quiero hacer más preguntas sobre esta caminata, como cuánto dura, si es por el bosque o por un pueblo, y si es obligatoria, pero justo entonces la monitora empieza a hablar.

—¡Bienvenidos todos a la Excursión Anual por la Naturaleza de Great Rapids del Club de Jóvenes Aventureros!

Todo el mundo empieza a vitorear y a aplaudir, pero yo estoy demasiado ocupada intentando matar a un mosquito que se ha encaprichado de mi cuello. Mierda. Me había olvidado por completo de los mosquitos...

—Soy Carla, la directora del club —dice con una gran sonrisa. Lleva una versión para adultos del uniforme morado, y con ese sombrero enorme y ridículo parece una policía montada patrullando el mundo de las gominolas—. ¡Me hace mucha ilusión ver caras nuevas hoy! Violet, ¿puedes presentarnos a tu tía?

—¡Claro! —dice Violet con orgullo mientras se acerca dando saltitos—. ¡Esta es mi tía Mia! Es abogada en Nueva York y *no* tiene

novio.

Suelto una risa nerviosa mientras todos me sonríen con cierta incomodidad. —Gracias, Violet, por esa presentación tan maravillosa y descriptiva —le digo.

—Bienvenida, Mia —dice la directora antes de continuar con las presentaciones. El resto de los niños que han traído a un adulto los presentan y no puedo evitar notar que ninguno menciona el estado civil de su acompañante.

—Bajaremos por el río en canoa durante unas dos horas hasta llegar a nuestro destino de acampada —dice Carla—. No habrá ni rastro de civilización por los alrededores.

Los niños bullen de emoción.

Siento que levanto la mano.

—Tía Mia —dice Carla—. ¿Cuál es tu pregunta?

—Lo de que no hay civilización significa que no hay restaurantes ni bares, ¿verdad?

—¿Bares? —susurra el padre de los pantalones multibolsillos mientras se gira hacia mí con cara de pocos amigos.

—Quiero decir, habrá baños, ¿no? —continúo—. Y electricidad.

—¡Nada de electricidad! —dice Carla emocionada, como si de verdad le gustara la idea de vivir como una maldita mujer de las cavernas—. ¡Sin restaurantes! ¡Sin internet!

¡¿Sin internet?! Oh, me cago en todo.

Tenía la esperanza de adelantar algo de trabajo cuando los niños se durmieran. Había escondido el portátil en el bolso.

—¡Viviremos como auténticos montañeses! —dice haciendo un saludo militar—. ¿Quién está listo para irse?

Todos vitorean a mi alrededor, así que levanto el puño sin muchas ganas con un triste «¡uooo! ».

Todos empiezan a moverse como abejas, preparándolo todo como si hubieran planeado exactamente qué hacer y no me hubieran invitado a la reunión. Mi cabeza gira de un lado a otro, viendo a la gente llevar neveras, canoas, remos y bolsas hacia la orilla del río.

Voy a coger una tienda de campaña, pero tiene un bicho verde muy raro encima, así que queda descartada. Me alejo rápidamente

como si de repente se me hubiera ocurrido algo más importante que hacer.

—¡Tía Mia! —dice Violet mientras corre hacia mí y me coge de la mano—. ¡Buenas noticias! Tengo mi insignia de piragüismo, así que podemos ir en una canoa nosotras dos solas.

—¡Increíble! —digo con una voz involuntariamente chillona mientras empiezo a sudar de forma visible. Me está entrando el pánico. De verdad que no he pensado bien esto.

¿Por qué mi maldita hermana no me avisó? Probablemente esté en casa con los pies en alto, una copa de vino en la mano y riéndose a carcajadas pensando en mí pasando un fin de semana en el bosque.

Nunca me he subido a una canoa. Probé la máquina de remo del gimnasio una vez, pero no podía leer mi revista con el movimiento constante, así que lo dejé enseguida. ¡¿Y ahora tengo que pasar *dos horas* en una remando por un río que se llama Grand Rapids?! Ni siquiera tengo a un hombre cachas que haga todo el trabajo. Estoy atrapada con una niña de nueve años esmirriada. Me estoy asustando.

—¿Estás bien, tía Mia? —pregunta Violet, mirándome de forma extraña.

—¡Genial! —digo entre bocanadas de aire.

Frunce el ceño al bajar la vista hacia mis manos, que se cierran y se abren en puños.

La capitana de Gominolandia se acerca y le sonríe a mi sobrina. —Coge un chaleco salvavidas y baja al agua, Violet.

—¡Vale! —dice Violet antes de salir disparada con alegría.

La sonrisa de la directora se desvanece en cuanto nos quedamos solas. —No se permite el alcohol en este viaje —dice con voz severa.

—No he... Yo no he... —Suelto un suspiro mientras ella me lanza una mirada de desprecio antes de marcharse a paso firme.

Esto va de maravilla.

Tía del año, sí señor.

Cojo un chaleco salvavidas del montón, compruebo a fondo que no tenga bichos y me lo pongo. Puedo sentir mi corazón latiendo con fuerza bajo él mientras camino hacia el río.

La corriente no parece muy fuerte aquí, pero dos horas es mucho tiempo y no sé qué me deparará el río más adelante.

Supongo que estoy a punto de descubrirlo.

—¡He conseguido la canoa más rápida! —dice Violet mientras me hace señas para que me acerque.

—¡La más rápida! —digo nerviosa—. ¡Qué bien!

Se tambalea tanto al subir... Suelto un grito cuando casi volcamos en el agua que apenas me llega a los tobillos. Todo el mundo deja lo que está haciendo y me observa mientras mis mejillas se ponen de un rojo intenso.

—¡Todo va bien! —digo con una risa nerviosa mientras miro a mi alrededor.

Carla frunce el ceño mientras se inclina hacia el oído de otra madre. —Ha estado bebiendo —susurra. La madre asiente con la cabeza mientras me lanza una mirada de desaprobación.

—Yo... olvídalo...

Algunas canoas ya están bajando por el río, así que agarro el remo y salgo de la orilla con un suspiro.

No me gusta. Es demasiado inestable.

Es imposible que no acabe empapada en este viaje.

Se me acelera el pulso mientras nos derivamos hacia el centro del río. Violet es una profesional con el remo, moviéndonos y girándonos a su antojo.

Es por ella, me digo a mí misma mientras le miro la espalda. *Es por ella.*

De pequeña tenía una tía a la que siempre admiraba. La tía Sheila siempre era tan culta y sofisticada. Podía hablar con ella de cualquier cosa, y así lo hacía: historia, arte, libros, música clásica, lo que fuera. Me encantaba sentarme a la mesa de su cocina y escucharla hablar. Siempre me preparaba un té y yo siempre fingía que me gustaba. Solo el olor del té Earl Grey con jazmín me devuelve a esa mesa cuando era una niña con los ojos como platos absorbiendo todos los conocimientos de esa mujer increíble.

Yo quería ser ese tipo de tía para Violet, pero es que no nos gustan las mismas cosas. Ella es una aventurera nata y yo soy todo lo contrario. Estoy fuera de mi elemento aquí fuera. No soy del tipo

de persona a la que le gusta el aire libre como a ella, así que no tengo nada que enseñarle.

Intenté prepararme viendo algunos vídeos de YouTube, pero los vídeos sobre cómo montar tiendas de campaña y hacer ciertos nudos eran demasiado difíciles de seguir, así que me puse a ver *Stranger Things* en su lugar.

—¡Oh, mira ese árbol! —digo, señalando la hilera de árboles—. Es un árbol Demogorgon.

Violet se gira hacia mí con una mirada escéptica mientras yo asiento para animarla. —¿Demogorgon? —dice con una ceja levantada—. ¿Eso no es de *Stranger Things*?

Mierda, solo tiene nueve años. No pensé que conocería *Stranger Things*.

—Ah, sí —digo tragando saliva—. Supongo que la serie le puso ese nombre por el árbol.

—No hace falta que hagas eso, tía Mia.

—¿Hacer qué?

—Fingir que sabes cosas. Simplemente me alegro de que estés aquí. Te invité porque quería pasar tiempo contigo, las dos solas, no porque esperara que lo supieras todo.

Ooooh. Es tan dulce.

—Y eso solo era un arce normal y corriente.

—Sí. Lo sabía.

Las dos nos reímos mientras la canoa se aleja.

A lo mejor no se me da tan mal después de todo. A lo mejor hasta puedo llegar a ser una con la naturaleza en este viaje. Puedo aprender a amarla.

Puedo convertirme en una persona de naturaleza...

¡No! ¡Rotundamente no!

No estoy hecha para esto.

¡Han pasado más de dos horas y seguimos remando de las narices!

Tengo ampollas en las manos, el sol me achicharra la nuca, me duele el culo, estoy cansada, de mal humor y tengo muchísimas ganas de mear. ¡Y para colmo, hay una mosca negra imbécil que no

para de zumbar a mi alrededor y de picarme! Me ha estado siguiendo durante el último kilómetro y medio.

—¡Ay! —grito mientras me pego un manotazo en el brazo. El bicho se escapa y me he pegado para nada. Aprieto los dientes mientras me escuece el brazo.

—¿Te sigue siguiendo? —pregunta Violet mientras se da la vuelta.

Fuerzo una sonrisa. —¡Sí! ¡Me sigue siguiendo! Supongo que quiere ser mi amigo.

Ella se vuelve a girar y la sonrisa desaparece de inmediato. —Maldita mosca de mierda —murmuro entre dientes justo cuando la canoa de Carla pasa a nuestro lado. Frunce el ceño y se aleja remando, negando con la cabeza.

—Es que yo... hay un bicho... ah, a la mierda.

Respiro hondo y niego con la cabeza mientras vuelvo a hundir el remo en el agua. Me matan los malditos hombros. Pagaría mil pavos por un masaje ahora mismo.

—¡El desembarcadero está ahí delante! —anuncia Carla al grupo.

—Oh, gracias a Dios —suelto mientras todos vitorean.

—Vamos a parar en esa playa de arena —dice señalándola—. ¡*No os paséis* de esa playa! Los rápidos cobran mucha fuerza al doblar la curva.

Estoy tan feliz de que esto casi haya terminado. Necesito estirarme. Necesito ir al baño.

Las canoas empiezan a llegar a la playa y Violet ayuda a guiar la nuestra mientras la gente baja y descarga todas las cosas. La agente Gominolandia no confiaba lo suficiente en mis habilidades con la canoa como para poner nada de equipo en la nuestra, así que está vacía excepto por mi mochila.

Esa maldita mosca negra regresa e intento espantarla mientras nos dirigimos hacia la playa.

—Manténla recta —dice Violet mientras intenta meterse entre dos canoas aparcadas—. ¡Tía Mia!

—¡Lo intento! —digo mientras estiro el brazo, espantando a la mosca negra—. ¡Esta cosa intenta morderme la cara!

Violet se quita los zapatos y salta al agua, que le llega al tobillo. Lanza sus zapatos a la arena antes de darse la vuelta para intentar acercar la canoa a mano, pero me alejo de su alcance.

—¡Ja, ja! —grito cuando la mosca se posa en el asiento del centro de la canoa. Está totalmente expuesta y vulnerable mientras levanto mi remo, lista para aplastarla y convertirla en un montón de pringue verde.

Se pensaba que me iba a seguir durante todo el viaje, comiéndome lentamente bocado a bocado, pero le espera una buena. Soy una mujer salvaje. Estoy en la cima de la cadena alimenticia.

—¡Tía Mia! —grita Violet mientras la canoa se aleja más—. ¡Rema hacia atrás!

Ya he pasado de largo la playa, pero no puedo dejar que esta mosca gane. Me ha estado torturando durante los últimos cuarenta minutos y voy a machacarle los malditos sesos.

—¡Que te jodan! —grito mientras bajo el remo con fuerza. La canoa empieza a tambalearse violentamente mientras la mosca se va volando ilesa.

Mi némesis escapa, pero ahora tengo preocupaciones mayores. La canoa se bambolea de lado a lado mientras lucho por no volcar.

Me agarro a los laterales y la estabilizo, pero en el proceso, el remo se me escapa de las manos y se aleja flotando.

—¡Oh, tienes que estar tomándome el pelo! —grita Carla con los brazos en alto al verme—. ¡Por esto mismo no se debe beber y remar!

—¡Que no he estado bebiendo! —respondo a gritos mientras me alejo más y más. Madre mía, la corriente se está acelerando de verdad.

Carla no mentía. Esto empieza a ir rápido de verdad.

Mierda. ¡Oh, no!

¡Esto no es bueno!

El remo está lejísimos. No hay ninguna posibilidad de alcanzarlo.

Meto la mano en el agua e intento remar con ella, pero no sirve de nada.

La canoa vuela al doblar la curva y se da la vuelta. Voy bajando por el río de espaldas, viendo cómo el grupo se hace cada vez más pequeño y finalmente desaparece mientras la fuerte corriente me lleva en un viaje feroz.

Los árboles pasan como un borrón. Las olas agitadas golpean el lateral de la canoa, haciéndola aún más inestable. Cojo velocidad a medida que avanzo y avanzo y avanzo.

Estoy lejísimos ya.

El corazón me late con fuerza a medida que me alejo más todavía. No tengo ni idea de dónde estoy y no tengo suministros. Ni comida, ni agua, ni papel higiénico, ni una niña de nueve años que me diga qué hacer.

La situación no puede ser peor.

Al menos, eso creo.

Hasta que oigo la catarata...

CAPÍTULO DOS

Mia

—¡Oh, mierda, mierda, me cago en todo, tienes que estar de broma! —grito mientras el estruendo de la cascada se hace más fuerte detrás de mí.

Intento darme la vuelta, pero este trasto es muy inestable en aguas bravas y ya me está costando lo suyo mantenerlo a flote.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Qué hago? —les grito a los árboles.

No responden. Qué sorpresa.

¡Veis, por *esto* odio la naturaleza! ¡No ayuda para nada! Si tengo una emergencia en casa, puedo sacar una de mis muchas y útiles pantallas y buscar la respuesta en Google.

Dios mío, suena como un monstruo hambriento a mis espaldas. Se está volviendo ensordecedor. ¿Qué altura tiene esta dichosa cosa?

Estoy en las montañas, así que podría ser muy alta. La mayor parte del trayecto en coche hasta aquí ha sido por una pendiente tan pronunciada que he tenido que ir sentada en el borde del asiento solo para poder ver por encima del capó.

Esto va a acabar muy mal.

Siempre he odiado la naturaleza y, durante toda mi vida, la gente ha intentado convencerme de lo contrario. Mis padres me obligaban

a salir a la calle aunque lo único que yo quería era leer en mi habitación. Mis amigos intentaban que fuera de excursión o a escalar. En serio. ¡Escalar! ¡Una montaña! Es que no puedo ni...

Todos decían que estaba loca por no gustarme el aire libre, pero ¿sabéis qué? ¡Tenía razón! La naturaleza ha estado intentando matarme todo este tiempo y parece que lo va a conseguir de forma brillante.

Empiezo a entrar en pánico a medida que me acerco más y más al aterrador estruendo. ¿Debería saltar e intentar nadar hasta la orilla? Es una mala idea. La corriente va tan rápido que no lo conseguiré jamás.

Voy a morir aquí fuera. Es seguro. Me voy a romper el cuello en el fondo de esa catarata y me convertiré en comida para peces. Harán un episodio de 20/20 sobre la desaparición de la sofisticada abogada de Nueva York que pensó que podía ir de acampada y a la que nunca volvieron a encontrar. Espero que no saquen mi foto de graduación. Sé que mi madre le enviará esa a la prensa, a pesar de que tengo esa sonrisa rara y forzada, como si acabara de contar un chiste en una sala llena de gente y nadie se hubiera reído.

El pavor se me cala hasta los huesos cuando doblo una curva y veo dónde termina el río. Simplemente desaparece en el cielo.

La cascada es atronadora de cerca. El agua está loca aquí. Es salvaje y rápida. Me lanza hacia el salto de agua como un cohete.

Me doy cuenta de la realidad: *Voy a morir.*

Se me encoge el corazón.

Voy a morir siendo una virgen de veintiséis años que nunca ha experimentado el amor romántico. Qué desperdicio. Qué calamidad. Todo porque quería caerle bien a mi sobrina.

Intento mover la canoa. No puedo.

Saco el portátil de mi bolso y lo hundo en el agua, usándolo como remo. No sirve de nada.

Es inútil. Es inevitable. Voy a caer por esa puta cascada haga lo que haga.

Me giro y grito al ver la cresta a solo unos metros. El portátil se me resbala de las manos y se hunde, pero ahora tengo preocupaciones mayores.

Mi grito se vuelve más fuerte y agudo cuando la corriente me lanza por el borde. Salgo despedida de la canoa mientras esta vuelca, girando sobre sí misma al quedar atrapada en el agua y ser empujada hacia abajo.

Estoy en el aire y cayendo rápido. Aprieto las mandíbulas mientras intento recordar escenarios de supervivencia que han aparecido en mi muro de Facebook a lo largo de los años. Corre cuesta abajo para huir de los osos, los labios de color rojo intenso significan intoxicación por monóxido de carbono, túmbate cuan larga eres sobre un lago helado. No me viene nada sobre salir disparada por una catarata.

—¡Mierdaaaaaaaaaaaaaaaa! —grito mientras junto las piernas, aprieto las nalgas, cierro los ojos y me pego las manos a los lados.

Impacto contra el agua con los pies por delante y me hundo hasta el fondo del lago mientras espero el momento que acabe con todo.

Ese momento no llega.

Mis pies golpean el fondo fangoso y me impulso con todas mis fuerzas.

El aire en mis pulmones empieza a quemar a medida que se agota el oxígeno. Nado y subo lo más rápido que puedo. Con todas mis ganas. El chaleco salvavidas me está ayudando mucho.

Por favor. Por favor...

Necesito respirar desesperadamente. Es lo único en lo que puedo pensar.

Me arde la garganta y empiezo a sentirme desfallecer.

Todo se está volviendo negro y, de repente, mi mano rompe la superficie.

¡Lo voy a lograr!

Salgo del agua a bocanadas y aspiro una gran y gloriosa bocanada de aire fresco. Es el momento más feliz de mi vida.

Estoy viva.

¡La madre naturaleza no tiene nada que hacer contra mí!

Les dedico una peineta a los árboles, a la cascada y a las nubes mientras tomo otro triunfal sorbo de aire.

—¡Soy la reina! —le grito a nadie en particular—. ¡Soy una estrella del rock! ¡Soy una... tienes que estar de puta broma!

Mi archienemiga, la mosca negra, se posa en mi frente.

—¡Esta vez no! —exclamo mientras me doy un manotazo en la frente con muchísima fuerza. Al menos la pillo esta vez. Sonrío como una loca al ver su cadáver aplastado flotando en el agua. Sus días de atormentarme han terminado.

Miro hacia arriba justo cuando mi portátil cae por la cascada.

—¡No! —suelto un jadeo al verlo dar vueltas en el aire. Quizá se salve. Quizá con un poco de arroz...

Pues no.

Choca contra una roca dentada que sobresale del lago y explota en un trillón de pedazos. Un cuenco de arroz no lo va a devolver a la vida ahora. Nada lo hará.

El agua está muy fría y tengo que salir antes de morir congelada. Nado hacia el lado del río por el que salieron Violet y sus amigos.

Estoy mojada, asustada, tengo frío y estoy perdidísima.

Si hubiera llegado a la orilla antes de caer por la cascada, podría haber seguido el río de vuelta al grupo, pero no hay forma de que suba por estos acantilados rocosos y resbaladizos. Sobresalen hasta donde alcanza la vista, así que no sé qué hacer.

—Sal del agua —me digo. Eso es lo que puedo hacer.

Estoy en modo supervivencia. Tengo que pensar paso a paso.

Finalmente, mis pies tocan tierra y empiezo a caminar hacia la orilla. Es un bosque muy denso, con árboles apretujados por todas partes. No hay forma de que me encuentren aquí dentro.

Lo único que quiero es que alguien me encuentre. No quiero estar sola.

Pero cuando oigo pasos y veo a un hombre corpulento caminando hacia mí, me retracto de todo.

¡Quiero estar sola! ¡Quiero estar sola!

Retrocedo mientras un escalofrío recorre mi cuerpo empapado. Las únicas personas que viven aquí, en plena naturaleza, son asesinos en serie. Estoy muerta. Parece que la naturaleza me va a atrapar después de todo.

Me hundo hasta la barbilla e intento esconderme, pero llevo un chaleco salvavidas de color naranja chillón que no engaña a nadie. Además, sus ojos marrones están clavados en mí. Están fijos en mí mientras se acerca.

En cualquier otra situación pensaría que es guapo. Es del tipo varonil: grande, alto, de cuerpo robusto con hombros fuertes y anchos, y unas piernas como troncos poderosos. Parece capaz de talar un árbol solo con una mirada severa. Sus ojos marrones son ardientes mientras se aproxima.

Miro a mi alrededor presa del pánico, preguntándome si hay otra cascada por la que pueda escapar. No hay nada. Estoy en un lago pequeño.

Tiene una espesa y varonil barba hasta la barbilla, marrón al igual que su pelo revuelto. Lleva unos vaqueros sucios y desgastados y una camisa de cuadros con las mangas remangadas sobre sus sólidos antebrazos. Sin camiseta debajo.

¿Eso es? ¡Oh, Dios mío, es un asesino!

Lleva dos conejos muertos agarrados por las orejas.

Ya he visto suficiente. Me largo.

Me doy la vuelta y empiezo a adentrarme de nuevo en el lago. Lo cruzaré nadando y escaparé por el otro lado.

—¿A dónde vas? —grita con una voz profunda y estruendosa, todo bajos—. No hay ningún pueblo ni nadie en kilómetros a la redonda.

Me quedo petrificada. No duraré ni diez minutos en este bosque tan denso. Tengo frío, estoy mojada y no tengo ni idea de qué hacer.

Voy a morir de todas formas, así que ¿por qué no ir con él? Probablemente lo hará rápido. Puede que incluso me dé de comer primero.

Pienso que una puñalada en el corazón será mucho mejor que ser devorada viva por un oso grizzly.

Me aparto un poco de pelo sobre la cara para esconderme detrás de él y me doy la vuelta con timidez. —¿Me vas a matar?

Sus anchos hombros se estremecen con una risita. —¿Crees que todo el que conoces te va a matar?

—No —digo a la defensiva—. ¡Solo los bichos raros que viven en el bosque!

Él se ríe mientras sale de entre los árboles y pisa la orilla. —Me parece justo.

Lo observo de reojo a través de mi pelo mojado, manteniendo la cara oculta mientras él mira a su alrededor, fijándose primero en mi ordenador roto y luego en mi canoa destrozada.

—¿Has caído por la cascada? —Suena impresionado.

—No ha sido a propósito —digo mientras me hundo un poco más —. Me he equivocado de camino.

—Ya lo veo. ¿De dónde eres?

Oh, no. Si le digo que soy de Nueva York, sabrá que no soy de por aquí y tendrá vía libre para proceder con mi asesinato.

—De por aquí —miento mientras intento actuar de forma natural y despreocupada—. Ya sabes... de cerca, vivo con mi enorme marido. Le encantan las armas. Tiene muchísimas. Debería estar aquí en cualquier momento.

Hago un paripé mirando a mi alrededor. —¡Maaaa... Andrew! —grito—. ¿Dónde estás, amor mío?

No se lo traga. No me quita los ojos de encima en ningún momento.

—Retírate el pelo —dice con una voz profunda y autoritaria.

Es el tipo de voz que me da ganas de obedecer. Hace que mi cuerpo quiera hacer lo que él dice. Con manos temblorosas, paso los dedos por mi pelo largo y mojado y me lo echo hacia atrás.

Sus ojos se abren de par en par al verme la cara. Veo cómo su ancho pecho se hincha al inspirar profundamente y contiene el aliento mientras me observa, atónito y absorto.

—¿Qué? —pregunto, sintiéndome cohibida—. ¿Tengo una mosca negra en la frente o algo así?

Me doy un cachete en la frente, por si acaso.

No deja de mirarme mientras, finalmente, me hace un gesto para que vaya a la orilla.

—Ven —dice, y mi cuerpo obedece. Mis pies empiezan a moverse por su cuenta, dirigiéndose hacia él—. Haré que entres en calor. Te daré todo lo que necesites.

¿Todo? Lo que realmente necesito es un helicóptero y un fin de semana reservado en mi balneario favorito...

El agua chorrea de mi cuerpo mientras camino hasta que me llega por los tobillos. Se queda mirándome fijamente cuando piso la orilla.

La mirada encendida de sus ojos mientras me acerco me indica que las necesidades que se ofrece a cubrir no son las que yo tengo en mente.

Y el calor que empieza a subir por mi interior me hace preguntarme cuáles son esas necesidades...

CAPÍTULO TRES

Cyrus

Guau.

Esa es la palabra que se repite en mi cabeza una y otra vez mientras esta mujer espectacular sale de mi lago. No puedo dejar de mirarla. Tengo los ojos pegados a su cuerpo. ¿Cómo voy a ser capaz de apartar la vista?

Me observa con escepticismo mientras se desabrocha el chaleco salvavidas y deja que se le resbale por los hombros. Me trago un gemido.

La ropa mojada se le pega a la piel, ofreciéndome un espectáculo de caderas curvas y pechos redondos. Lleva esos vaqueros raros que terminan a mitad de la pantorrilla, una camisa azul con unos cuantos botones arriba y unos zapatos elegantes que no pintan nada en el bosque.

No es de por aquí. Eso está claro. Esta chica tiene toda la pinta de ser una urbanita.

Si su total falta de instinto de supervivencia (por ejemplo, la canoa destrozada) no la hubiera delatado, el portátil roto que flota en el agua lo habría hecho. No hay internet en kilómetros a la redonda. Tampoco hay cobertura de móvil. Esto es naturaleza pura y dura, y por eso me encanta.

Siempre he venido a estas montañas para alejarme de la gente, pero he acabado encontrando a la única persona con la que quiero estar.

Es una locura pensar eso después de solo unos minutos, pero así están las cosas.

Me quedo aquí parado en un silencio atónito, observándola mientras mi obsesión echa raíces.

La quiero.

Mucho.

Es una sensación extraña para mí. Me ha dejado conmocionado. Siempre he sido el tipo que rechaza a las mujeres, nunca interesado, nunca atraído por ninguna de ellas por muy guapas que fueran. Pero con ella... joder... *esto* es diferente. *Ella* es diferente.

Siento el corazón como si estuviera golpeando el interior de mi caja torácica mientras la veo sacar su bolsa del agua. Se agacha para cogerla y mis ojos se clavan en su precioso culo.

Siento que la piel se me tensa al imaginar lo que sería deslizar esos vaqueros por sus piernas gruesas. La visión de su trasero en bragas, el olor de su coño empapado de excitación. *Oh, mierda...*

Me estoy poniendo muy duro. Mi polla se alarga y se endurece como el roble. Tengo un puto tronco de árbol en los pantalones.

—Oh, esto es genial —dice mientras levanta la bolsa y el agua chorrea de ella—. Realmente me alegra haber traído mi cámara buena *y* el móvil.

Quiero decirle que yo cuidaré de ella de ahora en adelante. Que le compraré lo que quiera. Pero es muy difícil hablar cuando sientes que todo el cuerpo te arde. Lo único que puedo hacer es mirar con asombro cada uno de sus movimientos.

Me ha dicho que su marido está de camino. Es mentira. Si fuera verdad, lo ahogaría en el lago por permitir que ella estuviera en una situación tan peligrosa. Ninguna mujer mía habría caído jamás por esa cascada. Habría muerto antes de dejar que eso sucediera.

No lleva anillo en el dedo, así que estoy bastante seguro de que se lo ha inventado porque estaba nerviosa. Sé que puedo resultar intimidante. Soy grande y musculoso, y estos conejos muertos no ayudan a que parezca más accesible.

Los dejo en el suelo mientras ella revisa su cámara. Está arruinada.

Si no lo estuviera, le haría una foto para poder recordar este momento para siempre. El momento en que me enamoré. El momento en que conocí al ángel destinado para mí.

—No veo a tu marido por ninguna parte —digo cuando finalmente recupero el habla.

—¿Eh? ¡Ah! ¡Sí! —empieza a mirar a su alrededor con las cejas levantadas—. ¡Seguro que anda por aquí cerca! Probablemente limpiando su escopeta.

Suelto una risita.

Ella frunce el ceño al verme reír. —¡Es verdad! —dice a la defensiva—. *¡Matthew!* ¡Estoy aquí, Matthew!

—Creía haberte oído decir que se llamaba Andrew.

Se le descompone el gesto mientras me mira con horror. —Mierda.

Ya me doy cuenta de que esta chica va a hacer que las cosas sean interesantes para mí. Nunca volverá a haber un momento aburrido.

—Por favor, no me asesines —dice con las manos juntas—. Quiero decir, sería una verdadera lástima sobrevivir a la caída de esa cascada solo para que me maten unos minutos después.

—Estoy de acuerdo.

Exhala aliviada. —¿En serio?

Sonrío mientras la observo. —No soy un asesino.

—¿Entonces qué haces aquí fuera?

—Me gusta la tranquilidad de las montañas.

Me mira con el rostro fruncido, como si no entendiera nada en absoluto.

—Es silencioso —digo—. Es hermoso. Montañas, árboles, lagos, animales. Puedo cazar mi propia comida y cocinarla.

Traga saliva con dificultad mientras me observa con esa mirada escéptica y confundida todavía en su rostro. —¿Sabes que existen los restaurantes, verdad? ¡Puedes elegir algo del menú y te lo traen ya cocinado! No hace falta cazarlo, despellejarlo y cocinarlo tú mismo.

Me río. —Me gusta hacer esas cosas.

—¿Por qué?

Cuanto más hablo con esta chica, más me gusta. Debo de resultarle muy intimidante aquí en medio del bosque. Soy un extraño que puede hacer con ella lo que quiera, pero aun así me cuestiona, me planta cara. No parece intimidada para nada.

—¿Quieres entrar en calor y secarte, o qué?

Asiente con un escalofrío. —¡Sí, por favor!

—Mi cabaña está a unos diez minutos a pie por aquí.

—¡Pero yo tengo que ir hacia *allá*! —señala en la dirección opuesta.

Me encojo de hombros. —Bueno, yo solo tengo una cabaña y está por *aquí*.

Se muerde el labio inferior, pensándoselo.

—Te vas a morir de frío si te pones a deambular sola por el bosque —le digo, exagerando un poco. No hace tanto frío fuera—. A menos que los osos te pillen primero.

—¿Osos? —Sus preciosos ojos verdes se clavan en los míos.

—Sí —digo con naturalidad—. Los osos pardos de por aquí son *enormes*. Y *siempre* tienen hambre.

Mira por un momento hacia donde quería ir y luego se vuelve hacia mí. —¿Entonces tu cabaña está por aquí?

Reprimo una carcajada mientras empiezo a caminar con ella.

Me cuesta apartar los ojos de ella. Solo quiero mirarla y admirar cada centímetro de esta belleza, pero eso la asustaría, así que tengo que conformarme con lanzarle miradas rápidas cada vez que ella mira a su alrededor, probablemente buscando osos.

Su pelo castaño empieza a secarse y se está volviendo más voluminoso y suave. Hay tanto que descubrir sobre ella. Tanto que saber. Quiero conocerla íntimamente.

Quiero descubrir cada centímetro de su cuerpo. Quiero saber cómo funciona ese cerebro encantador que tiene. Quiero conocer sus intereses, sus amores, sus miedos y sus deseos, y luego cumplir cada uno de ellos.

—Entonces, si no estás con un marido armado, ¿qué estás haciendo aquí fuera? —pregunto.

He estado viniendo aquí durante semanas seguidas durante *años* y nunca me había cruzado con nadie. No tan adentro de las montañas. No hay zonas de acampada ni rutas de senderismo en ninguna parte por aquí. Ni siquiera veo cazadores en lo más profundo del bosque. Por eso me gusta.

—Estaba con mi sobrina de nueve años.

Se me para el corazón. Me detengo y giro la cabeza bruscamente. —¿Estaba en la canoa? ¡¿Está bien?!

—¡Está bien! —dice al verme empezar a alterarme—. Se bajó con el grupo antes de que yo... no lo hiciera.

Miro hacia abajo y veo su mano en mi antebrazo.

Me está tocando. Piel con piel. Mi brazo se vuelve hipersensible y parece como si hubiera pequeñas sacudidas de energía saltando entre nosotros.

Retira la mano de un tirón al ver que la estoy mirando. Sus mejillas se tiñen de un adorable tono rosado cuando nuestros ojos se encuentran.

—Perdona —susurra mientras baja la vista al suelo.

—No te disculpes —le digo—. Puedes tocarme todo lo que quieras.

El aire vibra con algo ardiente mientras sus ojos recorren mi cuerpo y se conectan con los míos una vez más. Tras un largo momento de contacto visual, reanudamos la marcha.

—¿Ibas con un grupo? —pregunto, con ganas de oírla hablar más.

Espero que no fuera un grupo de amigos y que vaya a decirme que hay un novio esperándola. Si ese es el caso, puede que tenga que robármela y atraparla en mi cabaña hasta que se dé cuenta de que yo soy el hombre para ella.

—El Club de Jóvenes Aventureros —dice con su dulce voz melódica—. ¿Has oído hablar de él?

—¿Son esos niños que siempre están vendiendo galletas de vainilla a la puerta de los supermercados?

—Esos mismos —dice—. Mi sobrina Violet es una de ellos y yo la acompañaba en el viaje.

—¿Así que no estabas con un novio? —Se me escapa sin más. Ha estado en primer plano en mi mente y tengo que saberlo.

—¿Qué? —pregunta, pareciendo sorprendida—. No. Solo yo, unos cuantos niños y un poli forestal raro que está convencido de que soy alcohólica.

—¿Qué?

—No importa —murmura sacudiendo la cabeza—. Pero de verdad debería intentar volver con el grupo. Violet debe de estar muerta de preocupación.

—No vas a volver esta noche.

Me mira de reojo. —¿Por qué no?

—Porque va a anochecer en un par de horas y tienes una caminata de siete horas por delante. Por lo menos.

Parece que se va a marear. —Mierda.

—Ella estará bien. Está con su grupo.

—¿Pero qué hay de mí? ¿Tengo que dormir aquí fuera con los... *glup*... osos?

—Vas a dormir conmigo.

—¿*Contigo*?

—Vas a dormir en mi casa.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es la única opción segura.

Sus ojos nerviosos se desvían hacia mi enorme pecho y mis grandes brazos. —Si tú lo dices.

—Lo digo yo.

Caminamos en silencio durante un minuto o dos mientras ella asimila la información.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta.

—Cyrus Colt.

Ella se ríe.

—¿Qué?

—Suena a villano de dibujos animados. ¡Tachán, es Cyrus Colt!

No puedo evitar reír con ella. —¿Cómo te llamas tú?

—Mia Summers.

Sonrío mientras lo repito en mi cabeza. —Te pega.

—¿Por qué?

—Mia Summers... Suena radiante y lleno de vida, igual que tú.

Ella sonríe tímidamente mientras seguimos caminando.

No puedo creer que esta mujer vaya a dormir en mi cabaña esta noche. Estará desnuda en mi ducha. Se tumbará en mis sábanas. Su aroma seductor llenará cada habitación.

Mi autocontrol se verá puesto a prueba como nunca antes.

Nunca antes me había sentido tan tentado por nada, y mucho menos por una diosa como ella.

Necesito tenerla. Quiero que sea mía con tantas ganas que me tiemblan las manos.

Estamos hechos el uno para el otro y esta noche ella va a descubrirlo.

Esta noche, ella será mía.

CAPÍTULO CUATRO

Mia

Su cabaña es, en realidad, monísima. Es una cabaña de troncos grande y agradable, no la choza de asesino que me esperaba.

—¿La mandaste construir tú? —le pregunto mientras nos acercamos. Es de una sola planta, pero se extiende con un bonito porche que la rodea.

Siento mucha curiosidad por este tipo. Vivo en Nueva York, así que no es muy frecuente que me encuentre con hombres de montaña rudos que vivan en el bosque, cazando y recolectando comida.

¿Estará casado? ¿Tendrá novia?

¿Me encontraré dentro a una mujer salvaje de las montañas hirviendo un guiso para esos conejos muertos que lleva, con un vestido hecho de piel de oso grizzly?

Busco dos sillas en el porche, pero solo hay una.

«Eso es buena señal», pienso. No parece tener chica.

No es que importe. No es que me interese este macho alfa fuerte y musculoso que me mira como si quisiera hacerme estremecer de placer.

Suelto una risa nerviosa mientras entro en la cabaña.

¡Qué va! ¡Para nada interesada! No estoy en absoluto excitada ahora mismo pensando en pasar la noche con este hombre sin nadie a kilómetros a la redonda.

—Mi padre empezó a construirla cuando tenía mi edad —dice Cyrus—. Pero era pequeña, cabía entera en el porche. La hice reconstruir hace unos siete años. Vengo aquí cada vez que tengo oportunidad.

—¿No vives aquí todo el año? —Eso me deja impactada. No me imagino a este tipo en la civilización. Me lo imagino haciendo cola en el Costco con el carro lleno y se me escapa una risita. Seguramente seguiría llevando un hacha colgada del cinturón por si hubiera un grizzly suelto en el pasillo tres.

—Solo la mitad del año. La otra mitad vivo en Queens.

—¡No me digas! —Me quedo boquiabierta mientras lo miro con asombro. ¿*Él* vive en *Nueva York*? Ya nada tiene sentido—. ¿Y de qué trabajas? ¿Vendes pieles de conejo en MacDonald Park?

Niega con la cabeza mientras me mira con una sonrisa pícara en ese rostro tan guapo. Noto que empieza a coger confianza conmigo. También intuyo que probablemente no le ocurra con la mayoría de la gente. Si vive aquí fuera, será por algo. Me siento honrada de ser una de las afortunadas que le caen bien.

—Eso ni siquiera existe —dice con una carcajada—. Trabajo en finanzas.

—¿En plan que trabajas en una gestoría durante la campaña de la renta o algo así?

—No, en plan que soy el dueño de una empresa que gestiona quince mil millones de dólares en carteras de fondos de inversión.

—Ah... Espera, ¡¿*qué*?!

Se limita a mirarme mientras nos detenemos ante los escalones que llevan al porche.

—¿Eres rico?

Él se encoge de hombros.

—¿En plan, muy rico?

—¿Quieres entrar y entrar en calor?

—Estoy calentita —miento. ¡Tengo los dedos de los pies congelados!— ¿Me estás diciendo que eres megarrico?

—Yo no he dicho eso.

—Pero es verdad.

—Vale, es verdad.

—¡¿Me estás diciendo que eres asquerosamente rico y que puedes viajar a *cualquier parte* del planeta de vacaciones?! A cualquier playa, villa u hotel del mundo. ¡¿Y eliges renunciar a todo lujo conocido por el hombre para quedarte en las montañas?!

Inspira profundamente y exhala lenta y largamente mientras me mira. —Supongo que esa es una forma de verlo.

—¿Has estado alguna vez en un complejo turístico de playa? —le pregunto mientras niego con la cabeza con incredulidad—. ¡Te dan bebidas alcohólicas granizadas con esas adorables sombrillitas de colores! ¡Y todo el mundo es tan amable! Es increíble.

—A mí me gusta estar aquí —dice él.

Miro los conejos muertos que tiene en la mano y hago una mueca. —¿Por qué?

—Vete a darte una ducha —me dice—. Me estoy quedando frío solo de mirarte.

No creo que llegue a entender nunca por qué alguien elegiría esto antes que una playa tropical, y no pienso morir congelada intentando averiguarlo, así que entro.

Siento el cuerpo de Cyrus detrás de mí mientras subo las escaleras. Siento un hormigueo por todo el cuerpo al entrar en su cabaña. Este hombre hace que me sienta mareada y nerviosa cada vez que pone sobre mí esos ojos marrones ardientes.

Pagaría por verlo de traje, afeitado y recién salido de la peluquería. Seguro que está sexísimo. Sin duda lo nombrarían el soltero más codiciado de Nueva York si pasara por el barbero y decidiera abandonar esta obsesión por lo salvaje.

Me quedo sorprendida al entrar. Es agradable y no tiene nada de la «cabaña de los horrores» que me había imaginado. Tiene unos muebles cómodos frente a una enorme chimenea de piedra y una cocina totalmente equipada, pero manteniendo ese aire cálido y acogedor por toda la casa. Me gusta. Podría quedarme aquí.

Sobre todo teniendo en cuenta que hay electricidad gracias a los paneles solares que he visto en el tejado.

«Te vas a quedar aquí», me recuerdo. «Con él. Los dos solos. Sin nadie a kilómetros a la redonda».

Un escalofrío de calidez me recorre ante el pensamiento.

Me acompaña al baño y voy moviendo la cabeza de un lado a otro, curioseando en cada habitación por la que pasamos buscando huesos humanos, chicas de ciudad encadenadas o paredes forradas de plástico al estilo Dexter. Todo parece normal. El alivio me inunda cuando llegamos al baño y me deja entrar sola.

—Coge el champú y el jabón que quieras —dice—. Hay toallas limpias en el estante. Te traeré algo de ropa caliente mientras se seca la tuya.

—Gracias —le digo mientras lo miro; esta vez, mirándolo *de verdad*.

Le sostengo la mirada en esos profundos ojos marrones y siento un ansia que no había sentido nunca. Hay una parte de mí desconocida hasta ahora que se manifiesta y quiere agarrarlo por el cuello, atraerlo hacia mí, pegar su boca a la mía y desnudarlo.

El calor empieza a arremolinarse en mi interior y a asentarse entre mis piernas. Quizá sea su cuerpo fuerte y varonil, o la idea de desnudarme en casa de este extraño tan sexy, o quizá resulte que al final sí me gustan las barbas, pero sea lo que sea, me está encendiendo de mala manera.

—Si necesitas algo —dice él con una voz grave y ronca que envía una descarga de calor a mis partes íntimas—, dímelo. Ahora yo cuido de ti, Mia. Te daré lo que necesites.

Esos ojos sexis bajan hasta mi boca y luego me recorre lentamente con la mirada una última vez antes de agarrar el pomo y cerrar la puerta.

—Madre mía, qué pedazo de hombre —digo mientras mi cuerpo tiembla de deseo.

La puerta se abre. —¿Has dicho algo?

Mis mejillas arden mientras niego con la cabeza frenéticamente. —No. Solo estaba... cantando. ¡Pedazo de hombre! ¡Pedazo de hombre! ¿Conoces la canción?

Él niega con la cabeza y vuelve a mirarme de arriba abajo una vez más antes de cerrar la puerta.

Agacho la cabeza avergonzada, con las mejillas ardiendo, sintiéndome una completa idiota. «¿Pero qué estabas cantando, pedazo de tonta?».

Respiro hondo, me sacudo la vergüenza y me meto en la ducha para disfrutar de la mejor, más caliente y más increíble ducha de mi vida.

Cyrus está cocinando un guiso cuando por fin salgo de la ducha y vuelvo a la estancia principal de la cabaña. Sé que está cocinando los conejos y huelen de maravilla, pero me alegra no haber tenido que ver la parte de la preparación. A mí me gusta la carne empaquetada y preparada como en el pasillo del súper, para poder fingir que no era un animalito adorable brincando por el bosque antes de comérmelo.

Está cortando una zanahoria, pero se detiene al verme entrar. Noto que se queda boquiabierto, aunque se recupera rápido tragando saliva sonoramente.

Me he asegurado de secarme el pelo y dejármelo bien ahuecado. Parece que le gusta.

—¿Qué tal la ropa? —pregunta mientras vuelve a su zanahoria. Intenta actuar con naturalidad y calma, pero se nota que está un poco alterado. Tiene los hombros tensos mientras se esfuerza por mantener los ojos en la zanahoria y no en mí.

—Es grande, pero cómoda —digo mientras miro la camisa de franela que me ha prestado. He tenido que remangarme por lo menos una docena de veces para que me llegue a los codos. Es tan grande que la llevo como un vestido. También me ha dado unos pantalones de chándal, pero me llegaban a la frente. Era imposible ponérmelos, así que los he dejado doblados en el lavabo.

Al menos he podido secar el sujetador y las bragas con el secador de pelo, así que llevo algo debajo.

Son cerca de las cinco y todavía hace sol, pero es ese bonito atardecer de verano que invita a beber algo en el porche y hablar hasta la noche.

Me pregunto dónde estará Violet y qué estará haciendo mientras tomo asiento en la barra frente a Cyrus. Es lista y fuerte. Estoy segura de que estará bien, pero sé que debe de estar preocupada.

Sabe que yo no tengo ni idea de cómo sobrevivir en la naturaleza. Todo irá bien. La veré mañana. Aunque tenga que escalar cada montaña de este maldito bosque, aunque tenga que nadar río arriba por esas aguas locas, la encontraré.

Pero esta noche... esta noche no hay nada que pueda hacer.

Así que intento alejar mis preocupaciones y me centro en este interesante prodigio de hombre que tengo delante. Entorno los ojos mientras lo observo con el mentón apoyado en el puño.

Él me mira con curiosidad.

—¿Sabes qué pienso? —le digo.

—Me encantaría saber qué estás pensando.

—Pienso que naciste en el siglo equivocado.

Recoge las zanahorias picadas con el cuchillo grande y las echa en la olla humeante. —Desarróllalo, por favor.

—Deberías haber sido uno de los pioneros de este país. Te imagino como el primero en ir hacia el oeste, domando la tierra con valentía. O te imagino como uno de los primeros humanos. Un cazador-recolector, el líder de la manada. Estarías en tu salsa.

—¿Y tú? —me pregunta con una sonrisa pícara—. ¿A qué siglo perteneces tú?

—Al pasado no —digo con una mueca de disgusto—. Probablemente al futuro. Cuando los robots lo hagan todo por nosotros y podamos imprimir zapatos ilimitados en nuestras impresoras 3D.

Se ríe mientras empieza a picar un poco de apio.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto.

—¿Qué? ¿El apio?

—Sí. No he visto ningún supermercado por el camino.

—Lo he cultivado yo. Tengo un huerto grande detrás.

Se me enciende la bombilla.

—O sea, que sabes hacer de todo aquí fuera, ¿verdad?

Se acaricia la barba mientras me mira. —Casi de todo.

Este tipo es tan capaz. Puede cultivar su comida, poner trampas, cazarla, orientarse y vivir de forma autosuficiente, además de construir su propio negocio de miles de millones de dólares. Debe de ser superinteligente.

O ¿lo es? ¿Cómo es que elige vivir en el bosque si es tan listo? A mí eso me parece bastante tonto.

—¿Puedes enseñarme algunas cosas?

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas de supervivencia en la naturaleza.

—Claro. Lección número uno: no vuelvas a subirte a una canoa.

Suelto una carcajada. También es divertido...

—No, en serio. A mi sobrina le encanta todo este tema de la naturaleza y yo no sé ni echarme bien el repelente de insectos.

—¿En serio?

—Me lo eché en un ojo sin querer. Me ardió una barbaridad.

Esos hombros anchos vuelven a sacudirse mientras se ríe entre dientes. Me gusta cuando le hago reír. Me ilumina por dentro de la mejor manera.

—No quiero parecer tan...

—¿Indefensa?

Lo miro con fingida indignación. —Iba a decir inexperta. Quiero poder enseñarle algunas cosas, como a encender fuego con una piedra o a pescar con un arpón.

—¿Quieres pescar con un arpón?

—¡O con una red hecha de hojas, yo qué sé! Solo no quiero parecer una completa idiota delante de mi sobrina aquí fuera. Eso es todo.

Me mira durante un largo rato y siento un aleteo en el pecho. Se me empieza a acelerar la respiración mientras me evalúa con esos ojos marrones abrasadores. No sé qué piensa este tipo de mí. Probablemente piense que soy la mayor tontaina que ha pisado su bosque. Probablemente se arrepienta de haberme sacado de aquel lago.

Pero esas miradas que me lanza... esa sensación en el ambiente... hay algo más.

Es casi como si estuviera tan intrigado por mí como yo por él. Como si estuviera disfrutando de mi compañía. Como si la situación de dónde vamos a dormir esta noche todavía estuviera en el aire, pendiente de decidirse.

Hay algo lujurioso en esa mirada y en la forma en que me deja mareada y temblorosa. Y no puedo negar lo erótico que me resultó estar desnuda en su ducha. Al final tuve que poner el agua helada solo para reaccionar.

Está despertando algo en mi interior y se vuelve más fuerte cuanto más tiempo paso a su lado. ¿Quién me iba a decir que al final sí me gustaba el tipo de hombre varonil?

—Puedo enseñarte algunas cosas —dice con esa voz profunda y sensual.

Me pregunto qué cosas serán y si van a tener lugar en el dormitorio, mientras él baja el fuego para que el guiso hierva a fuego lento.

—Esto tiene que cocinarse durante una hora y media de todas formas —dice mientras se lava las manos en el fregadero—. Salgamos fuera. Te daré tu primera lección. Serás una mujer de las montañas para cuando haya terminado contigo.

—No estés tan seguro —digo mientras bajo del taburete con el corazón latiéndome fuerte—. Creo que conmigo has dado con la horma de tu zapato.

—Sé que es así —dice mientras me dedica otra de esas miradas abrasadoras que me hacen temblar por dentro.

Creo que yo también he dado con la horma de mi zapato con él.

CAPÍTULO CINCO

Mia

—Tienes que agarrarla así —dice Cyrus mientras arranca el hacha del tajo y me la tiende.

—No soy idiota —le digo negando con la cabeza mientras me acerco a cogerla—. ¡Sé cómo se sujeta un hacha!

La cojo y, en cuanto él la suelta, se me cae a los pies, aterrizando con el filo hacia abajo a un centímetro de mi zapato.

—Je, je, je —río nerviosa mientras levanto la vista hacia él—. Supongo que no debería haber sido tan engreída después de todo.

En mi defensa diré: ¿quién iba a saber que un hacha pesaba tanto?

—Me parece que dejaremos lo de picar leña para más adelante —dice él recogiéndola con una mano—. Empecemos con algo más fácil.

—¿Como montar una tienda de campaña con ramas? —sugiero.

Suspira mientras me mira. —Como leer una brújula.

—¿La gente todavía usa eso? —pregunto arrugando la nariz—. Pero si todo el mundo tiene GPS en el móvil.

—Aquí fuera no. Y el GPS se puede desactivar. ¿Cómo piensas orientarte si eso ocurre?

—¿Con un Uber?

Vuelve a negar con la cabeza y a suspirar, pero noto que se está divirtiendo. La comisura de su boca no deja de curvarse hacia arriba.

Observo cómo saca una vieja brújula de cobre de su bolsillo y la abre.

—¿Cómo se enciende? —le pregunto burlándome—. ¿Y dónde se enchufa?

Sus ojos se clavan en los míos. No sabe si estoy bromeando o no, lo cual no dice mucho de lo que piensa sobre mis dotes de supervivencia.

—¡Es broma! —exclamo—. Pero no tengo ni idea de cómo se usa.

Empieza a explicármelo, hablando de polos magnéticos y otras cosas aburridas por el estilo, y mi mente se pierde en temas mucho más interesantes. Como qué aspecto tendrá Cyrus sin camiseta.

Él señala detalles en la brújula y yo finjo mirar, pero mis ojos están fijos en su grueso antebrazo y en la vena que lo recorre, en el vello oscuro, en la piel curtida. ¿Quién iba a saber que un antebrazo podía ser tan fascinante, tan atrayente, tan sexy?

Sigo haciéndole preguntas básicas solo para que no deje de hablar. Me *encanta* su voz. Es vibrante y profunda. Es como si mi cuerpo estuviera sintonizado con esa frecuencia exacta. Puedo sentir el bajo de su tono recorriéndome como cuando te apoyas en un altavoz enorme.

—¿Crees que ya podrías orientarte con una de estas?

—Sí —miento. No he prestado la más mínima atención. Es demasiado difícil concentrarse en la lección cuando el profesor es un semental así de atractivo.

—¿Qué querrías aprender ahora?

—¿Podrías enseñarme cómo cortas la leña?

Me mira con gesto dubitativo. —¿Quieres aprender a cortar leña?

—No, solo... quiero verte... hacerlo. ¡Con fines de investigación!

Esa sonrisa sexy reaparece mientras camina hacia el tajo y coge el hacha. Trago saliva con fuerza, sintiendo cómo se me acelera el pulso mientras él coloca un tronco sobre el bloque. Mis ojos están en todas partes: en sus manos grandes y fuertes agarrando el mango de roble, en sus piernas musculosas bien plantadas y abiertas, en esos hombros anchos y rotundos mientras recupera la postura, en

esos ojos marrones tan sexis mientras se concentra en la madera. Está tan bueno.

Me quedo simplemente atrás disfrutando de la vista mientras empieza a picar la madera. Descarga el hacha con un gruñido y el tronco se parte en dos, saltando hacia los lados.

—Tienes que apuntar con el hacha siguiendo las grietas naturales —me dice mientras coloca otro trozo sobre el bloque y señala una fisura—. Eso hará que sea más fácil de partir.

—Apuntar por las grietas —repito, fingiendo que de verdad voy a hacer esto algún día. Alerta de *spoiler*: no lo haré. Prefiero conservar los dedos de los pies, muchas gracias.

—Debes mantener los pies separados a la anchura de los hombros —explica mientras me muestra cómo colocarse con el hacha en las manos. Esto es genial. Puedo repasarlo de arriba abajo todo lo que quiera y no resulta sospechoso en absoluto.

—Espera —digo, fingiendo ser una alumna aplicada y no una pervertida babeante mientras admiro cada centímetro de su cuerpo —. Piernas separadas. Entendido.

Sus piernas son increíblemente sexis. Nunca me habían importado las piernas de un hombre. Jamás en mi vida se me ha pasado por la cabeza la frase «qué piernas más bonitas tiene», pero ahora se repite en mi mente en bucle. Sus muslos son puro músculo y sus vaqueros viejos los marcan perfectamente. Solo quiero pasar mis manos por ellos para comprobar si están tan duros como parecen.

—Ahora, tienes que balancear el hacha bien arriba, manteniendo los brazos estirados de esta manera.

Me muestra el movimiento, pero se detiene a mitad del balanceo, dejando los brazos en el aire. *Madre mía*. Sus enormes brazos están en tensión. Sus tríceps son gloriosos.

—¿No tienes calor haciendo todo ese trabajo con una camisa de franela? —le pregunto, a pesar del aire fresco que corre—. Si normalmente te la quitas, no la lleves por mí. —Intento sonar casual al decirlo, como si lo hiciera por su bien, pero probablemente parezco una salida total con mis ojos de par en par y el hecho de que estoy prácticamente babeando mientras lo observo.

Sus labios se curvan en esa sonrisa de nuevo mientras baja el hacha. *No puede ser*... ¡lo está haciendo! ¡Esto se va a poner interesante!

Observo sin pestañear cómo agarra la parte de atrás de su camisa y se la quita de un solo movimiento perfecto. Todo es músculo liso y duro. Por todas partes. Me flaquean un poco las rodillas cuando tira la camisa detrás de él y vuelve a coger el hacha.

—Así que, piernas separadas —dice mientras retoma la posición, esta vez resultando un millón de veces más sexy. Puedo ver cada músculo de su torso flexionarse y tensarse mientras levanta el hacha por encima de su cabeza. Su abdomen es todo tableta y no tiene ni un gramo de grasa, lo cual supongo que es de esperar cuando solo comes lo que la naturaleza te ofrece. Su pecho es imponente, con dos de los pezones más perfectos jamás creados. Sus brazos... no tengo palabras para explicar sus brazos, así que mejor me limito a babear.

Sus tríceps parecen enormes mientras sostiene el hacha en alto. —Tienes que deslizar la mano por el mango mientras bajas el hacha con fuerza —me explica mostrándome el movimiento a cámara lenta —. Mantén los ojos fijos en la madera en todo momento.

Esto es estupendo. Él está mirando la madera, así que mis ojos son libres de vagar por donde quieran. Y están vagando... por *todas partes*...

—Quizá deberías cortar unos cuantos para enseñarme —digo con una voz fresca, calmada y para nada excitada.

Empieza a picar unos cuantos a toda velocidad, atravesando los trozos de madera mientras yo me acaloro y me humedezco más con cada gruñido varonil que suelta.

Me está empezando a gustar mucho este rollo de hombre de la montaña. Es sexy saber que a este hombre podrían soltarlo en cualquier rincón del planeta y encontraría la manera de sobrevivir. Suéltalo sin camiseta en el Ártico y probablemente se pelearía con un oso polar entre la construcción de un iglú de lujo. No creo que haya nada que este macho alfa no pueda hacer.

Está despertando algo en mí. Algo que no suele despertarse a menudo.

Siempre pensé que me pasaba algo raro porque no me ponían los tíos de la facultad de derecho ni Shawn, el de contabilidad. A las demás chicas sí, pero a mí nunca. Ahora lo sé. Necesito a un hombre de *verdad*.

Un hombre viril.

Un hombre de la montaña.

Para las demás chicas, Shawn con su pelo demasiado peinado, sus trajes de mil dólares y su cuerpo de gimnasio. Yo quiero a Cyrus. Pelo revuelto, vaqueros gastados y un cuerpo esculpido cortando leña como un auténtico hombre. Eso es lo que me gusta. Eso es lo que quiero.

Lo quiero a él.

Mi cuerpo lo confirma. Está vibrando como una colmena a la que acaban de sacudir las manos grandes y sexis de Cyrus.

—¿Quieres probar? —pregunta cuando ya tiene un montón de leña recién cortada a su lado. Todo su cuerpo está en tensión por el esfuerzo y hay un brillo sexy de sudor en su piel. Me pregunto si le importaría que se lo quitara a lengüetazos...

—Quizá más tarde —respondo, de nuevo con la intención de conservar todos los dedos de mis pies.

—¿Qué más quieres aprender?

—¿A hacer fuego? —digo encogiéndome de hombros.

En realidad no quiero aprender a hacer fuego. ¿Qué dificultad puede tener con un encendedor? Solo quiero que siga sin camisa, y crear mucho calor con una fogata debería servir.

—Vale —dice—. Primero tenemos que recoger algo de yesca y leña menuda.

—Yesca, ¿como la *app* de Tinder?

—No —dice sacudiendo la cabeza mientras me dedica una sonrisa—. No como la aplicación de citas. No estarás en ella, ¿verdad?

Sus hombros se tensan mientras espera mi respuesta.

—No —digo rápidamente—. No tengo muchas citas. Casi ninguna, de hecho.

Noto que suelta un largo suspiro de alivio antes de volver a la tarea.

—Bien. Ahora necesitamos ramitas secas y corteza de árbol para prender.

Camino entre los árboles y recojo un buen montón mientras él me sigue atentamente con la mirada.

Me enseña cómo colocarlo todo correctamente en forma de triángulo y, en poco tiempo, me tiende un mechero e intento encender mi hoguera. Es más difícil de lo que pensaba. La llama no deja de apagarse.

—Así —dice mientras envuelve mi mano con la suya y guía la llama hacia la parte deshilachada de un trozo de corteza seca.

Si el mechero no lo consigue, el calor de su tacto sin duda lo hará. Siento que estoy a punto de estallar en llamas.

—Eso es, muy bien —susurra con una voz profunda y alentadora cuando la llama prende—. Ahora añade unas ramitas pequeñas. Despacio.

Hago lo que me dice y la llama se propaga y crece, devorando las ramas mientras yo observo maravillada.

—¡Lo he hecho! —exclamo saltando con una gran sonrisa—. He hecho fuego. ¡No soy totalmente inútil aquí fuera!

Él se levanta con una sonrisa de oreja a oreja. —Sabía que podías hacerlo.

Mi entusiasmo aumenta y hace que salte sobre él sin pensar. Rodeo su cuerpo cálido con mis brazos y mis manos aterrizan en la piel suave y tensa de los músculos de su espalda.

Estoy a punto de apartarme y pedir perdón cuando sus brazos me envuelven con fuerza, sujetándome contra él. —No te vayas tan pronto —susurra—. Este es el lugar al que perteneces.

Levanto la vista hacia él y nuestros ojos se encuentran. Se me corta la respiración, el corazón me late con fuerza y mi cuerpo se inflama en sus brazos.

La tensión sexual entre nosotros se vuelve imposible de ignorar. Soy demasiado consciente de la reacción de mi cuerpo. El pulso entre mis piernas, el hormigueo en mis labios, el deseo intenso de besar esa boca sensual mientras el contacto visual acalorado se prolonga más de lo que jamás lo harían dos personas que no se mueren por acostarse la una con la otra.

Quiero que me bese. Quiero mucho más que eso.

La próxima lección que quiero que me dé no va a ser al aire libre. Va a ser en su cama y va a ser mucho más ardiente que el fuego que arde a nuestro lado.

No te vayas tan pronto. Este es el lugar al que perteneces.

Nunca pensé que mi lugar estuviera en el bosque. Todavía no estoy segura. ¿Pero aquí, en sus brazos? No lo sé...

Esto se siente bien. Se siente como el lugar exacto en el que quiero estar.

Y el lugar exacto donde me quiero quedar.

CAPÍTULO SEIS

Cyrus

Quiero que la cena sea perfecta. Quiero que todo sea perfecto.

La mesa está puesta, el estofado está a fuego lento, el fuego ruge en la chimenea. Tengo música, velas y a una mujer hermosa frente a mí.

Deseo tanto impresionarla.

Quiero que se enamore de mí y que no se marche jamás.

Es pedir mucho, pero no sé cómo voy a sobrevivir sin ella. La vida se siente muy distinta desde que apareció. Tenía una pesadez en los huesos con la que he vivido tanto tiempo que ni siquiera me daba cuenta de que estaba ahí. Ahora que está conmigo, esa pesadez se ha ido y solo queda ligereza.

—Esto no era lo que me esperaba cuando te vi salir del bosque —dice Mia mientras se sienta en el sofá con su copa de vino. Hay un fuego ardiendo en la chimenea tras ella, bañándola en un cálido resplandor anaranjado. Esta tarde, bajo el sol, he pensado que nunca podría estar más guapa de lo que estaba en ese momento. Me equivocaba.

Me duele el pecho mientras la observo llevarse esos labios turgentes y carnosos a la copa para dar un pequeño sorbo.

—¿Qué te esperabas? —le pregunto mientras cojo mi copa y me acerco a ella.

—No lo sé —dice ella con una risita—. Algo sacado de una película de terror.

Arqueo una ceja al sentarme en el sofá frente a ella.

—¡No te enfades conmigo! —dice, fingiéndose indignada—. ¿Qué se supone que debo pensar cuando un hombre de la montaña enorme sale del bosque cargando con dos conejos muertos?

—En eso no puedo culparte —le digo con una sonrisa—. Me alegra que esa historia que me contaste sobre tu marido fuera inventada.

—¿O puede que no? —dice ella con una sonrisa pícara—. Quizá esté fuera buscándome ahora mismo.

—Por favor, no juegues conmigo así —digo mientras me llevo la mano al pecho dolorido—. Vas a romperme el corazón.

Da un sorbo, pero sus ojos me observan como si estuviera sopesando algo.

—¿Por qué dices eso?

—¿Decir el qué?

—Que te estoy rompiendo el corazón.

Respiro hondo, preguntándome cuánto debería revelar. Pero esta es la noche. Este es el momento. Mañana se irá y no estoy seguro de si tendré otra oportunidad. Cuando el destino te ofrece una oportunidad, la aprovechas. Sin importar las probabilidades.

—Porque, Mia… eres la mujer de mi vida. Eres tú. Me estoy enamorando perdidamente.

Traga saliva mientras me observa con un nerviosismo excitado en los ojos. —¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad.

—Pero soy un desastre aquí fuera —dice mientras mira a su alrededor—. No sé encender un fuego ni cortar leña. ¡Ni siquiera sé manejar una canoa! ¿No quieres a una mujer que sepa hacer todas esas cosas?

Niego con la cabeza mientras la miro fijamente. —Te quiero a ti. Eso es todo. Solo a ti. Así de sencillo.

—Pero…

Espero a que ordene sus pensamientos. Acabo de soltarle mucho de golpe y es justo dejar que reflexione unos minutos.

—¿Dices eso solo porque no has visto a una mujer en mucho tiempo y, como soy la primera con la que te cruzas, crees que te estás enamorando?

Niega con la cabeza y cierra los ojos cuando se da cuenta de lo que ha dicho.

—Amor no —murmura—. No que estés enamorado de mí. Claro que no. No quería decir eso.

—Puedes decir amor —le digo—. Me estoy enamorando de ti, Mia. Si es que no estoy ya enamorado del todo.

Ella se muestra escéptica. —¿Cuántas novias tienes en la ciudad?

—Cero.

—Mentira.

—Hablo en serio. Nunca he querido a ninguna.

—Venga ya —dice con una risa burlona—. ¿Me estás diciendo que en una ciudad de cuatro millones de mujeres, nunca has querido a ninguna?

—No hasta que te vi a ti. Nunca entendí por qué era diferente, pero ahora que te he conocido, sé que no lo soy. Solo estaba esperando a la elegida. Tú eres la elegida, Mia.

—¿No es eso una frase de *The Matrix*?

—¿Qué?

—Olvídalo. —Se muerde el labio mientras reflexiona. Mi amor solo se hace más profundo al observarla. Es increíble. Le digo a esta mujer que la amo y ella intenta convencerme de lo contrario.

—No puedes decirme que no sientes algo especial —digo poniéndome una palma en el pecho.

—Bueno —dice ella mientras se mueve en el sofá—. Sí, pero…

—¿Pero qué?

—Pensaba que era solo… no lo sé. Estoy muy confundida ahora mismo. Tú vives aquí y yo vivo en la ciudad.

—Iré a donde tú quieras —le digo. Es verdad. La seguiría hasta el centro de la ciudad más bulliciosa del planeta si eso es lo que ella desea. Lo odiaría, pero valdría la pena por estar con ella. —Mi corazón te pertenece.

Me mira durante un largo rato y luego coge su copa de vino y da un trago enorme.

Me levanto y camino hacia su sofá. Sus ojos se agrandan cuando me siento a su lado y le cojo la mano. Deja que se la tome. Me encanta su tacto. Es muy delicada. Tan suave y femenina. Solo quiero tocar cada centímetro de su piel.

—Estamos hechos el uno para el otro —le digo con voz lenta y calmada—. Sé que sabes que es cierto. Quédate conmigo. Quédate conmigo esta noche. Quédate conmigo para siempre.

La miro fijamente a los ojos verdes y el aire que nos rodea se espesa de deseo. Su respiración se acelera mientras me devuelve la mirada.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Puedes preguntarme lo que quieras —digo con un gruñido mientras me pregunto qué será. ¿Será sobre nuestro futuro hogar, o sobre el hecho de que somos tan distintos en esencia? ¿Sobre mi pasado o nuestro futuro? Me muero por saber qué quiere preguntarme.

—¿Puedo tocarte la barba?

Suelto una carcajada. Es la puta ama.

—Por supuesto.

Observa maravillada mi larga barba mientras la toca con ambas manos, con una gran sonrisa de boba en su adorable rostro. Es oficial. Estoy obsesionado con esta chica.

Si no la tengo, me voy a morir. Hay toda una vida de excitación y necesidad acumulada en mi interior que siempre ha estado oculta, pero ella lo está desatando todo ahora. Siento cómo brota y me consume por completo.

La necesito como nunca he necesitado nada.

—¿Puedo hacerte yo una pregunta? —digo cuando casi ha terminado de tocarme la barba.

Se lame los labios mientras esos bonitos ojos verdes vuelven a encontrarse con los míos. —Sí.

—¿Puedo besarte?

—Absoluta y jodidamente sí.

Le tomo la cara entre las manos y atraigo su boca hacia la mía. Tiene los labios abiertos y deslizo mi lengua en su boca, reclamándola como mía. Siempre ha sido mía. Esta lengua caliente, estos labios suaves, este cuerpo dulce y sensual… es todo puto mío. Lo reclamo. Lo tomo. Soy un salvaje cuando se trata de ella y los salvajes no siguen ninguna regla.

Gime en mi boca mientras la beso más profundo y con más fuerza. Sus manos empiezan a deslizarse por mi cuerpo, palpando mis hombros, explorando mis brazos. Están duros tras toda una vida cortando leña y arrastrando troncos. Espero que le gusten. Los he mantenido esculpidos para ella.

—*Oh, Cyrus…* —gime cuando nuestras bocas se separan y empiezo a besarle el cuello. Agarra mi camisa con los puños y me pega a ella—. Yo también siento lo mismo. No quería admitirlo… quería hacerme la interesante… No soy interesante. Por dentro no estoy nada tranquila. Todo era un juego. Yo también me muero por ti. Me estoy enamorando perdidamente.

Me aparto un poco, manteniéndola rodeada con mis brazos mientras la miro. Ella me devuelve la mirada con los ojos encendidos. Puedo ver cuánto me necesita. Son los pequeños detalles: su boca entreabierta, sus ojos que empiezan a brillar de lujuria, su pecho subiendo y bajando con respiraciones rápidas. Lo desea tanto como yo.

—¿No hay ningún otro hombre en tu vida? —le pregunto con firmeza. Nunca me ha dado una respuesta clara y necesito saberlo.

Niega con la cabeza. —No. Nunca lo ha habido.

—Eres…

Ni siquiera puedo pronunciar la palabra por si no es cierto. Mi corazón se detiene mientras espero su respuesta sincera.

—Soy virgen —dice, y mi cuerpo se inunda de alivio—. Supongo que yo también te estaba esperando. ¿No es curioso cómo ocurren las cosas a veces?

—Es el destino guiando nuestras manos —le digo—. Por eso estoy tan seguro de que debemos estar juntos.

Agarra la parte delantera de mi camisa y me atrae de nuevo hacia ella. —Bésame otra vez.

Aplasto mis labios contra los suyos y la intensidad prende un fuego entre nosotros. Mi cuerpo arde mientras saboreo su dulzura. Mi polla está dolorosamente dura. Quiero explorar cada centímetro de su piel.

Al carajo esperar hasta después de cenar. La quiero ahora mismo.

Me subo encima de ella y ella me rodea con sus piernas, profundizando el beso.

Mi camisa de franela que lleva puesta se le sube por sus piernas desnudas y no hay nada más que una fina capa de bragas de algodón húmedas entre mi polla y su coño virgen.

Me separo de su boca y la miro. Su intensa necesidad es evidente en sus ojos.

Está lista para mi polla. Se nota por la forma en que mueve sus caderas anchas, frotando su chocho contra mí mientras gime y lucha por atraerme de nuevo hacia ella.

—Quieres pasar directamente al postre, ¿verdad? —digo mientras bajo lentamente la mirada hacia su entrepierna. El algodón blanco que cubre su monte de Venus tiene una mancha húmeda, justo como esperaba.

La visión de su humedad, la visión de su deseo, hace que se me apriete el pecho y que mi polla pegue un brinco.

—¿Cómo de húmedo está este gatito? —pregunto mientras deslizo el lateral de mi dedo sobre ella. Es tan suave. Tan húmeda.

Cierra los ojos y se estremece. —Oh, Cyrus… —gime—. No quites la mano.

—No has respondido a mi pregunta —digo, provocándola, mientras me llevo el dedo a la nariz e inhalo profundamente su aroma embriagador.

El olor de su coño enciende un fuego dentro de mí y de repente soy incapaz de ir despacio. Se acabó el control. Su aroma embriagador se me ha subido directo a la cabeza. *Necesito* saborearla. *Necesito* ese coño.

Agarro mi camisa y me la quito de un tirón. Sus ojos se agrandan de emoción al ver mi torso musculoso. Sus manos frías empiezan a

recorrer mi pecho y mis brazos mientras me inclino y agarro la camisa de franela que ella lleva puesta con ambos puños.

Con un gruñido, la desgarro, mandando los botones a volar mientras disfruto de una vista privilegiada de las hermosas tetas de mi chica asomando por el sujetador.

—No te vas a ir nunca de aquí —digo, sin saber cuánto hablo en serio—. Vas a ser mi esclava sexual a partir de ahora.

—No hagas promesas que no piensas cumplir —dice con una sonrisa pícara.

Es increíble. Es perfecta.

La necesidad de poseerla se vuelve insoportable. Domina cada uno de mis pensamientos.

No solo quiero poseerla, quiero *preñarla* también. Quiero llenar su vientre fértil de bebés.

Necesito tenerla de todas las formas posibles. Nada va a detenerme. No hay nadie en kilómetros a la redonda para impedírmelo aunque pudiera.

Voy a follarme su tierno coño virgen con mi polla grande y bruta y voy a descargar cada gota de mi semilla en su vientre una y otra vez hasta que mi hijo crezca dentro de ella. Es lo único en lo que puedo pensar ahora. Estoy obsesionado con ese único objetivo.

Pero primero, quiero probarla…

—Llevas todo el día tentándome con estas tetas preciosas —digo mientras agarro el puente del sujetador con el puño—. Se acabaron las bromas.

Gime cuando se lo bajo de un tirón. Sus pechos quedan libres y casi me desplomo ante la visión sexy de sus firmes pezones rosados mirándome.

Me lanzo a por ellos de inmediato, succionando y lamiendo cada centímetro de sus tetas mientras ella me pasa las manos por el pelo, manteniéndome la boca pegada a ella.

Sujeto uno en cada mano y chupo un pezón y luego el otro. Sus caderas vuelven a frotarse contra mí, tentando a mi polla hasta que no puedo más.

La beso con fuerza en la boca y de repente me pongo de pie. Está tan jodidamente guapa mientras me mira con esos ojos verdes

inocentes.

Mi camisa de franela está abierta a su alrededor, mostrando sus pechos turgentes. Se lleva las manos a la espalda y se desabrocha el sujetador, quitándoselo y dejándolo caer al suelo.

Ya no queda nada por quitar salvo esas bragas húmedas.

—¿Quieres que me quite los pantalones? —le pregunto con una voz tan profunda y ronca que ni siquiera parece la mía. —¿Quieres ver la polla dura de tu hombre?

Traga saliva con fuerza mientras asiente lentamente. Sus ojos lujuriosos están clavados en mi bulto.

—Me desnudaré para ti, si tú haces algo por mí.

—Lo que sea —gime.

—Desliza tu mano dentro de tus bragas. Juega con tu coñito para mí.

Mi obsesión alcanza niveles peligrosos al ver cómo desliza su mano por su vientre desnudo y la mete por debajo de la cinturilla de las bragas. Empieza a frotar su clítoris y a juguetear con sus labios. Mi polla duele mientras la observo, deseando unirme con todas mis fuerzas, pero incapaz de moverme.

—Estás empapando esas bragas —digo mientras veo que su mano se mueve más rápido—. Mírate, niña mala, poniéndolo todo perdido. Mejor será que te las quitemos antes de que se calen.

—Tú primero —dice ella con los ojos fijos en mi polla—. Lo prometiste.

Sonrío mientras me echo mano al cinturón. No me quita los ojos de encima mientras me lo desabrocho y bajo la cremallera.

Esa manita se mueve cada vez más rápido mientras me bajo los pantalones y los calzoncillos. Mi polla gruesa salta y me golpea el abdomen, salpicando líquido preseminal por mis abdominales inferiores.

—¿Es esto lo que querías ver? —pregunto mientras agarro mi miembro carnoso y empiezo a masturbarlo—. ¿Querías ver la polla de tu hombre?

Se lame los labios mientras asiente con la cabeza, incapaz de hablar mientras juega con su pequeño chocho virgen.

—Ahora —digo mientras caigo de rodillas frente a ella—. Bragas fuera.

No se resiste ni dice una palabra cuando las agarro por los lados y se las bajo por las piernas.

Su mano sigue ahí, trabajando y moviéndose vigorosamente mientras me ve coger sus bragas y meterlas en el cajón de mi mesa de centro. Ahora me pertenecen. No va a recuperarlas.

Serán un recuerdo del día en que me llevé su virginidad. Será el último rastro del aroma de su coño virgen. Cuando termine con ella, dejará de estar intacta.

—Quita la mano —le ordeno mientras le agarro las rodillas y le abro las piernas lentamente un poco más—. Deja que tu hombre tome el control. Deja que tu hombre vea lo que has guardado a salvo para él todos estos años. Déjame ver el tierno coño que estoy a punto de reclamar.

Tiene la mano empapada cuando la aparta con timidez, revelando el coño más dulce y apetitoso que he visto jamás.

Se me hace la boca agua mientras lo observo con asombro.

—Eres preciosa —digo mientras lo miro fijamente—. Un puto ángel.

Su flujo está repartido por sus labios, brillando bajo la luz del fuego que ruge a nuestro lado.

Le agarro la muñeca y me llevo sus dedos húmedos a la boca. Casi me muero cuando succiono sus jugos hasta dejarlos limpios.

Oh, joder. Esto va a ser bueno… Está tan condenadamente rica.

Deslizo las palmas de las manos por el interior de sus muslos suaves y le abro más las piernas.

—No me obligues a atarte, nena —le advierto—. Quiero que tengas las piernas abiertas en todo momento.

Ella las mantiene abiertas mientras me lamo los labios y bajo la cabeza. Mantengo la nariz a un centímetro de sus labios rosados e inhalo profundamente, dejando que su aroma embriagador me llene los pulmones e incendie mi alma.

La necesito más de lo que jamás he necesitado nada.

Tenerla no es opcional. Ya no es una elección.

La obsesión es total.

Me está consumiendo. Ha tomado el mando.

Con el corazón a mil y la polla pulsando, pego la boca a su coño virgen y la *devoro*.

Oh, joder, sí…

CAPÍTULO SIETE

Cyrus

Es la cosa más dulce que he probado jamás.

Mi chica está gimiendo y retorciéndose en el sofá como una putita sucia mientras le paso la lengua por toda su concha mojada y caliente. Es toda dulzura e inocencia hasta que prueba mi lengua y ahora es una gatita salvaje obsesionada con el sexo.

Sé que le está encantando cuando me coge un puñado de pelo y casi me lo arranca mientras me presiona la boca contra ella.

Está *chorreando* mojada. El jugo de su coño sigue manando sin importar lo rápido que lo bebo. Me gotea por las comisuras de la boca y cae en mi barba, cubriéndome en su deseo.

Nunca he sido más feliz que en este momento. Quiero vivir en él para siempre. Quiero hundirme en él por toda la eternidad. Nunca quiero abandonar su lado. Nunca quiero moverme de este lugar entre sus piernas.

—¿Te gusta cuando te lamo el coño? —le pregunto entre lengüetadas.

—¡*Sí*! —jadea mientras se agarra los pechos y se los aprieta—. ¡Ay, se siente tan bien, Cyrus! ¿Cómo me estás haciendo esto?

Sonrío mientras la veo retorciéndose en el sofá mientras trazo su agujero apretado con la lengua. Es virgen de apretada y no sé cómo

va a poder con mi polla gruesa. Siempre he estado bien dotado y nunca lo había valorado hasta ahora.

Estará bien, me digo a mí mismo. *Nuestros cuerpos fueron hechos el uno para el otro. Funcionará.*

Solo tendré que dejar este coño apretadito bien mojado y preparado antes de intentarlo.

Ella grita cuando le cojo el clítoris con los labios y empiezo a succionarlo con fuerza.

Me encanta estar empapado en sus jugos y cubierto de su néctar. Mi barba está saturada de ella. Probablemente oleré a ella durante días, lo cual no me importa nada.

—*Ay, sí* —gime suavemente mientras empiezo a frotar su clítoris con el pulgar mientras le clavo la lengua en su agujero apretado. Le está gustando. Sus caderas se mecen al ritmo de mi pulgar.

No puedo evitar tocarme también. Estoy ardiendo y necesito algún tipo de alivio antes de implosionar. Mi otra mano me rodea la polla dura y empiezo a hacerme una paja mientras me como a esta chica dulce.

Sé que ella se da cuenta porque esa manita traviesa sale del sofá y se hace cargo. Aparto mi mano mientras ella me rodea la verga con los dedos y me agarra con fuerza.

—*Joder* —gruño cuando siento que me aprieta. Miro hacia abajo y veo perlas de presemen goteando y bajando por mi verga. Caen sobre sus dedos y hacen que todo se ponga resbaladizo. Se siente aún mejor con su mano y mi polla lubricada.

Esa mano asombrosa sigue moviéndose, haciéndome sentir aún más desesperado por llenarla mientras me como su coño precioso.

Ella gimotea cuando aparto mi boca solo para echar otro vistazo. *Joder, es hermosa.* Es impresionante. Uso mis dedos para abrir sus pliegues mojados, maravillándome por el tono rosa sexy que hay debajo. Respiro profundo y luego vuelvo a meter la cabeza, devorando cada centímetro de ella con mi lengua ansiosa.

Quiero hacerla correrse fuerte. Quiero hacerla correrse tan fuerte que quede grabado en su cerebro y nunca olvide lo bien que la hace sentir su hombre. Quiero hacerla correrse tan fuerte que nunca ni siquiera se le pase por la cabeza dejarme.

Me aferro a su clítoris hinchado y succiono con todas mis fuerzas, parpadeando con la lengua mientras ella empieza a retorcerse sin control.

Ella me aprieta la polla, pero es lo único que puede hacer. La estoy llevando al límite y no parece poder concentrarse en nada más que en el placer intenso que le estoy dando.

—Córrete en mi boca —ordeno antes de volver a estar sobre su clítoris, succionándolo sin piedad hasta que se corre encima de mí. No voy a parar hasta que la vea retorciéndose en la dicha.

Su cuerpo empieza a convulsionar en el sofá mientras gime viciosamente y grita más fuerte que nunca. Ahora está retorciéndose, agarrándose a los cojines del sofá, a sus tetas, a su pelo, a mi pelo. Está tan cerca. Sus muslos me aprietan la cabeza cuando doy en el punto exacto.

Sigo succionando su clítoris sin piedad, sin descanso, sin clemencia. Quiero que estalle en mis labios.

—¡Ay, joder, Cyrus! —grita mientras se arquea, agarrándose la parte trasera de mi cabeza mientras sus piernas empiezan a temblar. Aguanta esa posición un segundo o dos y luego se deja caer de nuevo en el sofá mientras se corre *fuerte*.

Ay, joder, sí.

Jugo caliente brota de su coño mientras el orgasmo la consume. Mi lengua se vuelve loca, intentando beber hasta la última gota. Sale tan rápido que gotea por mi barba y cae en mi pecho. Gotas caen en mi polla dura.

Se cubre los ojos mientras gemidos y sollozos rápidos y duros salen de su boca abierta. Sus hermosos pechos se balancean con cada sonido sexy que hace. Sus piernas tiemblan en mis hombros.

Si no estaba enamorado de ella antes, joder, ahora sí. Es un maldito ángel en la carne.

Mis sentimientos posesivos hacia ella solo aumentan mientras la veo temblando. Es jodidamente mía. No me importa qué tenga que decir alguien más. Me la quedo.

Su orgasmo dura mucho más que cualquiera de los míos. Cuando la intensidad se desvanece y está medio hundida en el sofá, abre los ojos y me mira con una expresión amorosa.

Se dice tanto en esa mirada. Sabe que pertenecemos juntos ahora. Sabe que yo soy suyo y que ella es mía. ¿Cómo podría ser de otra manera?

Su mano encuentra mi polla de nuevo y esta vez, después de que sus dedos la rodean, no me la toca, sino que me tira hacia ella.

Me pongo de pie y dejo que me tire hacia su boca. Su cabeza sigue apoyada en el sofá como si fuera demasiado pesada para levantarla. Su boca sexy, por otro lado, se ve ansiosa y lista.

Mis ojos están fijos en sus labios carnosos y jugosos y su lengua suave y mojada mientras guía mi polla hacia su boca.

No estamos en la mejor posición para una mamada así, pero aún se siente increíble mientras ella arrastra su lengua caliente por mi verga.

Se sienta, así que puede cogerme mejor y mi corazón empieza a latir con anticipación. Dejo caer la cabeza hacia atrás con un gemido mientras ella me rodea la polla con los labios y la mete.

Su manita está agarrando la base, el lado de su mano presionando mis bolas que están tan llenas que parece que van a explotar.

Es inexperta, lo cual me gusta, pero ansiosa por complacerme.

—¿Te gusta chupar esa polla grande, verdad putita?

Ella no la saca para responder. Está demasiado absorta en la tarea, así que solo gime mientras mueve la cabeza arriba y abajo por mi largo.

Verla así —boca en mí, cabeza moviéndose, gotitas de saliva y presemen goteando en sus tetas desnudas— cementa mi necesidad de ella. Saber que soy el único que va a verla así amplifica el placer hasta que es embriagador. Me encanta que sea inexperta e intacta. Solo confirma que pertenecemos juntos. Ambos esperamos por este momento. Ambos fuimos puestos en la tierra para este momento.

Ella saca mi polla de su boca con un jadeo y toma un respiro profundo. Me encanta lo emocionada que se ve. Lo ansiosa. Ya no es tan inocente. Rompí esa parte de ella y desencadené una diosa del sexo en su lugar.

La veo levantarse mi polla y empezar a lamer debajo de mi verga donde es más sensible. Mis bolas se contraen cuando un orgasmo se

acerca lentamente.

—Me voy a correr —gimo mientras esa mano asombrosa empieza a deslizarse arriba y abajo por mi largo grueso.

—Córrete en mis tetas —jadea mientras se deja caer de nuevo en el sofá—. Quiero sentirte en mí.

Se agarra los lados de los pechos y los presiona juntos. Es un espectáculo tan sexy y tentador que no puedo resistirme.

Me agarro la polla dura como una piedra y empiezo a hacerme una paja con un agarre firme. El orgasmo viene arrasando a través de mí mientras aumento la intensidad, jalándome la mano hacia adelante y hacia atrás como un salvaje mientras apunto a esos pechos grandes y jugosos.

Rujo cuando eyaculo. Chorros gruesos de cum brotan de mi polla y caen por todas partes en sus hermosos pechos, por todo su pecho, por todo su cuello, por toda su barbilla y boca.

—Joder —jadeo mientras toda mi energía se agota. Me siento tan pesado por todas partes. Como si me hubieran golpeado con un dardo tranquilizante.

Parte de esa energía vuelve lentamente mientras veo a Mia gimiendo de emoción mientras se frota mi cum por todas partes. Se lo frota por todos los pechos y se lo aprieta en los pezones.

Su lengua sexy sale y lame las pocas gotas que cayeron en sus labios. Gime mientras se las bebe.

—Joder, eres perfecta —susurro mientras la veo coger su mano llena de cum y frotársela por su coño—. No hay otras palabras para describirte.

Mi polla estaba semiblanda durante unos cinco segundos, pero ahora está dura como una piedra de nuevo y lista para más. Casi puedo sentir mis bolas llenándose de nuevo con más semilla. Esta próxima carga no se desperdiciará en su cuerpo. Se dirige directamente a su útero. Necesito llenar a esta minx sexy y necesito hacerlo lo antes posible.

—Ven aquí —digo mientras le cojo una pierna y la desplazo hacia un lado. Coloco mi rodilla en el sofá entre sus piernas mientras me cojo la polla y la guío hacia su coño.

Ella se estremece cuando arrastro mi cabeza por su grieta mojada. —¿Te gusta eso, putita? ¿Quieres que te la meta?

—*Sí* —suplica mientras me mira—. La *necesito*.

Dejo escapar un gemido profundo mientras presiono mi cabeza entre sus labios de coño. Está tan mojada. Está tan apretada. Gime mientras meto mi cabeza en su abertura virgen apretada.

Estoy a punto de meter el resto adentro, a punto de reclamar su coño y quitarle su virginidad cuando hago una pausa para saborear el momento. Para tomarlo todo.

Su boca está abierta mientras inhala respiraciones agudas. Sus lindos ojos verdes están nublados de necesidad mientras me mira. Sus hermosos pechos aún cubiertos de mi cum. Sus piernas temblando.

Suelto mi polla cruda y empujo mis caderas hacia adelante, lanzando mi polla dura adentro de ella. Ella grita mientras atravieso su cereza y me deslizo completamente adentro con un empuje suave.

Las paredes suaves y calientes de su coño envuelven mi polla mientras la mantengo adentro, sin poder respirar. Está tan condenadamente apretada. Tan jodidamente mojada. Este coño diminuto me está apretando como si estuviera enojado de que le quitara su cereza.

No hay nada que pueda hacer al respecto ahora. Su cereza es mía para siempre. No hay devolverla.

—Ahora tienes la polla de tu hombre adentro, putita. ¿Cómo se siente?

Su cara se tuerce cuando se acostumbra a mi tamaño. Solo la estoy manteniendo adentro, estirándola, llenándola, esperando hasta que parte de esta locura de apretadez se alivie para poder montar más fácilmente.

—Eres tan *grande* —gime mientras se mueve en el sofá con los ojos apretados. Puede moverse todo lo que quiera, no se hará más pequeña.

—Se hará más fácil —digo mientras beso sus labios suavemente. Sus ojos se abren y nos mantenemos la mirada ardiente mientras empiezo a mecer mis caderas hacia adelante y hacia atrás,

deslizándome lentamente adentro y afuera de ella. Su coño me está apretando la polla mientras lentamente la saco y luego la vuelvo a meter.

—Ay, Cyrus —gimotea mientras entierro mi polla hasta la empuñadura adentro de ella.

Su jugo de coño dulce y almibarado gotea mientras empujo un poco más. Se derrama por todas mis bolas y hace una mancha mojada en el sofá.

—Esa es mi putita —susurro mientras ella empieza a aflojarse y mecer sus caderas contra mí.

Saco un poco más rápido esta vez y empujo un poco más duro —todavía sin prisas, pero haciéndole saber que estoy listo cuando ella lo esté.

Cuando ella empieza a jugar con sus pechos y a gemir fuerte, sé que está lista para el siguiente nivel. Me establezco en un ritmo constante, empujando dentro y fuera de su calidez apretada.

—*Sí* —gime mientras empujo mi pelvis en su clítoris con cada embestida—. Ay, sí, Cyrus. Fóllame tan duro como quieras. Me *encanta*.

Escuchar las palabras sucias saliendo de su boca inocente me está volviendo loco. Mis caderas empiezan a moverse más rápido. Empiezo a embestir adentro de ella más fuerte.

Sus pequeños gemidos se convierten en gritos mientras la follo tan fuerte que el sofá empieza a moverse por la habitación.

—Móntame, bebé —digo mientras de repente salgo de ella y me siento en el sofá. Me agarro la polla mojada y la mantengo hacia arriba mientras ella salta a sus pies y se me sienta a horcajadas.

—*Sí* —gimo mientras ella me agarra la polla y la guía hacia su agujero mojado—. Desliza ese coño dulce hacia abajo en mi polla.

Ella tira la cabeza hacia atrás y grita mientras su coño se desliza hacia abajo por mi largo grueso. Estamos ambos aferrándonos el uno al otro —ella a mis hombros, yo a sus caderas—. Miro hacia dónde estamos conectados mientras ella presiona su clítoris en mi pelvis dura, masturbándose con mi cuerpo.

—Nunca me voy de este lugar —dice con un gemido ronco mientras frota su clítoris contra mí más fuerte.

—Eso es lo que he estado intentando decirte —digo con una sonrisa mientras masajeo sus pechos. Sus pezones están tan duros y apuntando directo a mi cara. Me tomo uno en la boca y succiono mientras ella desliza sus manos en mi pelo, agarrándolo mientras se acerca más y más a un orgasmo.

—Córrete en mí si tienes que hacerlo —le digo mientras cambio al otro pecho—. Quiero sentir tu pequeño coño corriéndose en una polla por primera vez.

Sus caderas empiezan a moverse como locas. Está *metiendo* ese diminuto clítoris en mí mientras empieza a gritar.

—Sí —digo mientras me agarro su culo con ambas manos, meciéndola contra mí mientras me burlo de sus pezones con la lengua—. Córrete en mí, putita.

Ella clava sus uñas en mis hombros y deja escapar un grito mientras el orgasmo se apodera de ella.

Se está aferrando a mí —pechos grandes balanceándose en mi cara— mientras su coño se contrae en mi polla. Gimo cuando siento más calor, más humedad, más de esa apretadez deliciosa.

No hay nada que pueda hacer excepto aferrarme a ella —polla alojada profundamente adentro— y disfrutar de la sensación de mi bebé corriéndose encima de mí.

Todavía no puedo creer que sea completamente mía.

No se va a ir a ningún lado. No después de sentir mi polla dura. Querrá quedarse tanto como yo quiero que se quede.

Su cuerpo está temblando mientras se aferra a mí, pero no es por el frío. El sofá se movió al otro lado de la habitación desde nuestra última posición y estamos justo al lado del fuego rugiente. Es por el intenso orgasmo que aún se agita en su interior.

Se afloja un poco su coño y puedo decir que está lista para que pierda el control.

—Esa es mi chica —digo mientras la levanto y la coloco para que esté sobre sus manos y rodillas en el sofá.

Me coloco detrás de ella y deslizo mi polla de nuevo adentro de ella, esta vez probando la posición de perrito. Me gusta esto…

Con mis manos en su culo, mis ojos en su agujero del culo pequeño y rosa, y mi polla alojada profundamente adentro de ella,

empiezo a follarla con embestidas fuertes y constantes.

Ella está gimiendo y gritando mientras me deslizo adentro y afuera de su calor rosa.

No puedo dejar de pensar en lo sexy que es —cabello castaño rebotando en su espalda desnuda, culo redondo y bonito en el aire, sus labios de coño cremosos envueltos alrededor de mí.

No tardará mucho antes de que mi orgasmo empiece a notarse. Se acumula dentro y viene arrasando hacia adelante.

—Me voy a correr dentro de ti —digo mientras me agarro las mejillas de su culo, probablemente demasiado fuerte.

Lo único en lo que puedo pensar es en llenarla. Estoy obsesionado con llenar su coño maduro con mi cum y hacer que suba a su útero.

Quiero ponerle un bebé. Quiero dejarla embarazada de una sola vez.

—Córrete en mí, Cyrus —suplica—. *Por favor* córrete en mí.

Me agarro un puñado de su pelo y tiro de su cabeza hacia atrás mientras empujo fuerte y suelto profundamente adentro de ella. Ambos gritamos cuando un chorro de cum tras otro surge adentro de su coño fresco y joven.

—Esa es mi chica —digo cuando mi polla ha pulsado por última vez, vaciando completamente mis bolas.

Mi semilla está adentro de ella ahora, haciendo lo que fue destinada a hacer. Esperemos que eso signifique dejar embarazada a esta chica dulce que amo a muerte.

Y si no, lo haremos de nuevo y de nuevo…

…y de nuevo.

Hasta que esta chica sea mía en todos los sentidos.

CAPÍTULO OCHO

Mia

Estoy gritando tan fuerte que todo Queens me oiría si estuviéramos en mi casa. Por suerte, estamos en medio de ninguna parte y los únicos que pueden oírme son los pájaros y las ardillas de fuera. Después de todo, puede que vivir aquí fuera tenga su aquel.

Las fuertes manos de Cyrus se aprietan contra mi culo y gimo mientras se corre dentro de mí, con fuerza. Sienta tan bien sentir cómo su calor me invade así. Me *encanta*.

Ambos nos desplomamos sobre la cama y nos miramos mientras intentamos recuperar el aliento. No puedo dejar de sonreír al ver que él también me sonríe.

Tenía razón. Realmente estamos hechos el uno para el otro.

El estilo de vida, las preferencias de vivienda, mis constantes experiencias cercanas a la muerte aquí fuera... solo son detalles. No importan. Lo que importa es que estamos juntos. Todo lo demás se solucionará.

Eso es lo que Cyrus no deja de decirme y lo que ahora creo. Cuando el destino te lanza una bola fácil, la sacas del estadio de un batazo.

¿Y qué hay más fácil que decidir quedarme con mi hombre? ¿Decidir despertarme así cada mañana?

Me acaricia la mejilla con esa mano grande y áspera y me besa suavemente en los labios.

—Deberíamos convertir esto en parte de nuestra rutina matinal —dice mientras se aparta y deja caer la cabeza sobre la almohada. Observo cómo se lame mi sabor de los labios.

—Podría acostumbrarme a eso —digo con un gemido—. Le haces la competencia al café, Cyrus Colt.

—Menudo piropo —dice él con una risita.

—Eres un hombre increíble, a pesar de que tu nombre parece el de un supervillano.

Me besa de nuevo y luego lo observo desde la cama mientras se incorpora y se estira. No lleva ni un hilo de ropa y tengo un asiento en primera fila para el hermoso espectáculo muscular de sus brazos estirándose sobre su cabeza.

Está rematadamente bueno. No puedo esperar a enseñárselo a las chicas del trabajo. Se van a volver locas cuando lo vean. No me sorprendería que todas salieran corriendo de la oficina a comprar tiendas de campaña para irse a la montaña el fin de semana, intentando encontrar a sus propios hombretones de montaña.

—Prepararé un desayuno rápido —dice mientras se levanta. La manta resbala de su cintura y trago saliva con fuerza al ver su culo firme. El sol brilla a través de las ventanas, iluminando su cuerpo exquisito—. Y luego podemos empezar la caminata.

He estado tan absorta en un momento increíble tras otro que he olvidado que hay una niña de nueve años por ahí preocupadísima por mí.

No puedo creer que tenga que irme tan pronto. Esta noche no dormiré en esta cama suave y cálida con este cuerpo duro y ardiente. Estaré en una tienda de campaña sobre el suelo frío y firme.

Si antes ya odiaba acampar, ahora lo voy a detestar por completo, ya que me mantiene alejada de Cyrus.

—Vale —susurro—. Supongo que esto es todo, entonces...

Gira la cabeza rápidamente y esos sexys ojos marrones se entrecierran al mirarme. —Esto no es todo —dice con tono feroz—. No hemos terminado. Nunca terminaremos, Mia. Iba en serio con

cada palabra que dije anoche. Eres mi chica. Serás mi chica para siempre.

Me paso la mano por el pelo, esperando que no esté jugando conmigo. De verdad creo que no es así, pero ha habido hombres más astutos que han estado más que dispuestos a arrancar corazones del pecho de las chicas solo para meterse en sus bragas.

Respiro hondo y recuerdo con quién estoy. Ese no es Cyrus... Esos no somos nosotros.

—Voy a quedarme contigo todo el tiempo —dice mientras se sienta en la cama y me coge la mano—. No voy a dejarte sola ahí fuera en la naturaleza. Estaré a tu lado.

—Gracias —digo mientras me acerco para darle un abrazo.

Se funde en mis brazos y gimo al sentir su cuerpo cálido contra el mío.

Si queremos ponernos en marcha, esto ha sido un error.

El abrazo dura apenas tres segundos antes de sentir que su peso cambia sobre mí mientras sus labios empiezan a explorar mi cuerpo una vez más.

—Todavía podemos llegar a tiempo si nos llevamos el desayuno para el camino —digo mientras le rodeo con las piernas.

Él restriega su polla dura contra mi coño dolorido y sonríe.

—Me gusta cómo piensas.

—Este es un buen lugar para parar a comer —dice Cyrus cuando llegamos a un claro junto al río. Es un río diferente. Es agradable y tranquilo, a diferencia del río del infierno que intentó matarme ayer.

Hemos pasado casi toda la mañana caminando cuesta arriba y por fin estamos en terreno llano. Tardé unos cuatro segundos en caer desde lo alto de la cascada y unas cuatro horas en volver a subirla. Mis pies me están matando con estos zapatos de pacotilla, pero al menos puedo tomarme un respiro.

Es precioso aquí. Hay unas vistas increíbles.

Y no es solo el río. Cyrus está pecaminosamente guapo con unos pantalones cortos, una camisa blanca holgada y una vieja gorra de los Yankees puesta del revés.

Aún no puedo creer que sea mi novio. Este gigante de hombre. Es todo mío.

—¿De qué te sonríes? —pregunta él con una sonrisa mientras deja la bolsa grande que ha estado cargando.

—De nada —digo con inocencia—. Solo disfruto de las vistas.

Mira el río, completamente despistado, y asiente. —Es espectacular estar aquí fuera.

—Vaya que sí —murmuro entre dientes mientras observo sus hombros musculosos mientras se pone las manos en las caderas.

Empezamos a sacar nuestra comida de la bolsa y a extenderla sobre la manta que ha traído.

—Sabía que eras perfecto para mí —digo cuando saca una botella de vino de la bolsa.

—No he traído copas —dice él—. Tendremos que beber directamente de la botella.

—Vaya, realmente eres perfecto para mí —digo con una sonrisa antes de dar un largo trago al delicioso vino.

Se ríe y luego me quita la botella, dejando que su mano roce la mía unos segundos antes de llevársela a la boca y tomar un sorbo.

—¿Quieres ir a refrescarte?

—¿Dónde?

—En el río —dice él riendo.

—La última vez que estuve en un río, me lanzó por una cascada.

—Este apenas tiene corriente —dice mientras deja el vino y se quita la camiseta. *Madre mía*. Nunca me cansaré de eso.

—Ya, ¿pero qué tiene? ¿Pirañas? ¿Sanguijuelas? ¿Tiburones?

—¿Tiburones? —dice mientras me mira por encima del hombro.

Me encojo de hombros. —Nunca se sabe.

—Yo lo sé. Es seguro.

Le lanzo una mirada escéptica.

—¿Te pondría yo alguna vez en peligro?

No puedo imaginar que eso pase nunca. —No.

—Entonces, entra. Aquí fuera no hace falta bañador.

Trago saliva cuando se quita las zapatillas y luego se baja los pantalones cortos y los calzoncillos. Mi corazón empieza a latir con fuerza mientras lo veo caminar hacia el agua.

—¿Ves algún tiburón nadando por ahí?

—Todavía no —dice mientras se sumerge hasta el cuello y se da la vuelta—. Ven conmigo. El agua está perfecta.

—Para ti, quizá. Eres un hombre de montaña al que le encanta el agua fría. Yo soy una chica de ciudad que necesita que esté tan caliente como el agua del baño antes de entrar.

—No te arrepentirás —dice levantando las cejas.

Respiro hondo mientras miro alrededor del bosque.

Ayer tuve suficiente agua fría para toda la vida, pero no sé cuánto tiempo tendré a Cyrus así. Tengo que aprovechar cada momento. Y si todo sale según lo planeado, tendré que aprender a vivir en la naturaleza si espero que él viva alguna vez en la ciudad. Tendrá que haber un tira y afloja en esta relación. Tendré que salir de mi zona de confort a veces. Puedo hacerlo. Por él, lo haré.

—Está bien —digo mientras me levanto y me sacudo la tierra del culo—. Pero si noto el más mínimo olor a tiburón, me largo de aquí.

—Hecho —dice con una sonrisa cariñosa.

Me observa con ojos encendidos mientras me desnudo hasta quedar tan desnuda como él.

Suelto un chillido al meter los dedos de los pies y notar lo gélida que está. Recordadme que traiga un neopreno la próxima vez que venga.

—No está tan mal...

—Oh, está fatal —digo mientras obligo a mis pies a avanzar. El agua fría trepa por mi piel centímetro a centímetro. Esto es lo peor. Es mejor acabar de una vez, así que me zambullo. Es estimulante mientras nado hacia él.

Salgo a la superficie frente a él y me aparto el pelo hacia atrás con otro chillido. Sus brazos cálidos y reconfortantes me rodean y me sujeta con fuerza.

—Así mejor —digo mientras le rodeo el cuerpo ancho con las piernas y cruzo los tobillos.

—He mentido sobre lo de los tiburones —dice mientras baja la mano entre nosotros—. Hay uno grande al acecho.

Miro hacia abajo y sonrío al ver su erección masiva asomando entre nosotros. Su mano la rodea como si tuviera algo ardiente en mente.

—A ese tiburón nunca le diré que no.

Nos movemos hasta que siento su grueso glande presionando contra mi entrada. Gimo mientras la introduce en mi interior, estirándome y llenándome de forma perfecta.

Me encanta esta sensación de estar tan conectada a él. Me hace sentir que todo va a funcionar. Que todo va a salir bien.

Le rodeo la nuca con los brazos mientras él empieza a balancear esas caderas poderosas, metiendo y sacando su polla de mi interior. El agua ondea a nuestro alrededor mientras apoyo mi frente contra la suya y observo su boca abierta.

Sigue haciendo frío, pero este hombre me está calentando de dentro hacia fuera.

Justo cuando estamos en lo mejor, él retira de repente su polla y se gira hacia el bosque.

—¿Qué pasa? —jadeo.

—Ponte la ropa —dice mientras prácticamente me empuja para que me baje de él—. ¡Rápido!

—¡¿Qué ocurre?! —pregunto mientras la adrenalina me recorre el cuerpo. Tengo palpitaciones y la tensión por las nubes—. ¡¿Es un oso?!

—Peor.

—¡¿Peor que un oso?! —casi grito—. ¡¿Qué hay peor que un oso?! —¡¿Un tigre, un león, el Bigfoot?! ¡¿Qué hay exactamente aquí fuera?!

La respuesta se revela sola, y Cyrus tiene razón. Es peor que un oso.

Todo el Club de Jóvenes Aventureros, niños y adultos incluidos, sale del bosque y entra en el claro.

Me agacho hasta que el agua me llega a la barbilla y me cubro el pecho con los brazos, muriéndome lentamente por dentro mientras todos nos miran estupefactos.

La líder de morado frunce el ceño en señal de desaprobación al vernos. Se acerca a la manta, coge el vino y niega con la cabeza.

—¡No soy alcohólica! —intento decirle, pero no importa. Ambos estamos desnudos, así que puede añadir adicta al sexo a su lista de razones por las que me desaprueba tan fervientemente.

—¿Tía Mia? —dice Violet mientras se acerca, mirándome con asombro—. ¿Qué haces en el río? ¿Quién es ese? ¡¿Estáis desnudos?!

Me río nerviosa cuando uno de los niños saca una foto. Al menos solo se me ve la cabeza. Con suerte...

CAPÍTULO NUEVE

Mia

Uno de los padres me trae una toalla, que uso para cubrirme mientras salgo a toda prisa del agua. Tengo todo el cuerpo helado, pero las mejillas me arden mientras el grupo entero me mira con cara de asombro.

Esto es terrible. Es el momento más humillante de mi vida.

Ni siquiera puedo mirar a Violet mientras me esfuerzo por tapar la mayor parte de mi cuerpo que puedo con la toalla mientras recojo mi ropa.

Cyrus no parece ni de lejos tan avergonzado como yo. Alguien le tiende una toalla y él se la envuelve con naturalidad alrededor de la cintura, dejando el torso al descubierto.

Al menos las miradas se han desplazado hacia él. Las mujeres se lo comen con los ojos, obviamente, pero incluso los hombres se quedan mirando su impresionante físico mientras meten barriga.

Me escondo detrás de un árbol y me visto rápidamente, maldiciéndome entre dientes mientras me pongo la ropa sobre el cuerpo mojado.

Violet me va a odiar. No volverá a invitarme a hacer nada nunca más. A estas alturas, me sorprendería que me invitara a su futura boda. *¿En qué demonios estaba pensando?*

Cuando estoy totalmente vestida, salgo de detrás del árbol con mariposas en el estómago. Carla, la jefa del grupo, me está esperando con su uniforme morado, y no parece precisamente complacida.

—Debería estar avergonzada —me sisea.

Suspiro. —No se preocupe. Lo estoy.

Este viaje ha sido un desastre absoluto.

Una cosa es perder la dignidad, pero perder el respeto de mi sobrina… eso es duro. Me ha visto bañándome desnuda con un desconocido. Tenía las piernas enredadas a su cintura, por amor de Dios. Mi hermana nunca dejará que me olvide de esto.

Me aterra enfrentarme a Violet, pero no tengo otra opción. Mientras Cyrus se viste tras un enorme roble, me acerco a mi sobrina con la cabeza gacha.

—Lo siento mucho, Violet. No quería avergonzar…

Ella salta sobre mí y me rodea la espalda con los brazos. Apoya la mejilla contra mi estómago mientras me abraza con fuerza. —¡Pensé que habías muerto, tía Mia!

—Yo también lo pensé —digo mientras me aferro a ella—. Siento haberte preocupado, pequeña.

—¿Qué te ha pasado?

Se aparta y me mira con los ojos llorosos. *Ay*. Estaba así de preocupada por mí.

—¡¿Qué me ha pasado?! ¡Me he caído por una maldita catarata!

Se le iluminan los ojos. —¡No fastidies! ¡Qué pasada!

—¡Ha sido aterrador!

Se lo cuento todo y le explico cómo Cyrus vino a rescatarme.

—Entonces, ¿estáis saliendo o algo así? —pregunta.

Sonrío mientras lo miro. Ay, mierda. La General de morado está hablando con él. Un momento… ¡¿Está *flirteando* con él?! ¡Lo está haciendo! ¡Esa zorra!

—¿Tía Mia?

La voz de Violet me saca de mi ataque de rabia. Supongo que Cyrus no es el único posesivo en esta relación. ¡Me dan ganas de empujarla al río por atreverse a hablar con mi hombre!

—Sí —digo tras respirar hondo—. Supongo que sí.

—Mamá se va a poner contentísima —dice con una gran sonrisa en la cara—. Siempre está diciendo que necesitas echarte un novio y sentar la cabeza.

Rechino los dientes mientras la miro. —Ah, ¿conque dice eso, eh?

Vuelvo a mirar a Carla de reojo. Se ha quitado el sombrero y se pasa una mano por el pelo castaño mientras habla con Cyrus, pero él solo tiene ojos para mí. No deja de mirar por encima de la cabeza de ella y de sonreírme mientras ella parlotea sobre Dios sabe qué.

—Siento mucho haberte arruinado el viaje, Violet.

—¡No me has arruinado el viaje!

—¿No? Pero si me he perdido y he hecho que todo el mundo viniera a buscarme. —Decido omitir la parte en la que me han pillado desnuda en el río con un hombre de las montañas.

—¡Esa ha sido la mejor parte! —dice emocionada—. ¡La jefa Carla ha dicho que todos conseguiremos la insignia de Búsqueda y Rescate si te encontramos, viva o muerta!

—Ah —digo, desconcertada—. ¿De verdad ha dicho que podríais encontrarme muerta?

Violet se encoge de hombros mientras sale corriendo a hablar con sus amigas.

Me está empezando a caer realmente mal la jefa Carla. Me gustaría tirarla a *ella* por una catarata.

—¡Atención todo el mundo! —grita Carla, convocando a todos como si fuera una reina y nosotros sus sirvientes. Le pongo mala cara mientras me acerco, pero no se da cuenta.

—¡Nos espera una sorpresa maravillosa para lo que queda de viaje!

Sonrío tímidamente, esperando que me dé la bienvenida de nuevo al grupo.

—¡Cyrus nos acompañará durante el resto de nuestra Excursión por la Naturaleza! —Aplaude con entusiasmo mientras todos miran a su alrededor confundidos. Algunos se unen con aplausos desganados—. Vive en estos bosques y conoce muy bien la flora y fauna locales. Será un activo fantástico para el grupo.

Se gira y deja escapar un gemido ahogado mientras se queda mirando sus abdominales marcados.

¡Oye!, me dan ganas de gritar. *¡Esos son mis abdominales!*

Ya he montado bastantes numeritos para un solo viaje de camping, así que me lo trago y me uno a los aplausos.

Un poco más tarde, empezamos a regresar hacia el campamento original. Los niños están encantados porque han conseguido sus insignias de Búsqueda y Rescate. Creo que les emocionan más las insignias que el hecho de que yo esté viva.

—No me vas a dejar por Carla, la pesada de morado, ¿verdad? —le pregunto a Cyrus cuando se pone a caminar a mi lado.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Ese estruendo profundo me recorre el cuerpo hasta la punta de los pies. Me encanta hacerle reír.

—Eso no va a pasar nunca —dice.

Tengo ganas de adelantarme hasta ella, tocarle el hombro y decirle: «¿Has oído, zorra? ¡*Nunca* va a pasar!».

En lugar de eso, sonrío con timidez mientras miro al suelo.

—Y… ¿tienes una tienda donde quedarte? —pregunto con torpeza.

Me dedica una sonrisa de lobo. —¿Hay alguien buscando su insignia de Sexo en el Bosque?

Yo le devuelvo la sonrisa. —Si la tienda se menea, ni te acerques para que te vea.

Ambos nos estamos sonriendo cuando Violet llega y se abre paso a codazos entre nosotros.

—Soy Violet —le dice a Cyrus—. La sobrina.

—Yo soy Cyrus —le responde él—. El tío desnudo del río.

Ella suelta una risita y noto que ya le cae bien. —¿De verdad vives aquí fuera?

—Sí. En una cabaña por allí. ¿Crees que alguna vez seré capaz de convencer a tu tía para que se mude aquí conmigo?

Él suelta una carcajada mientras Violet arruga la nariz. —No eres tan listo como pareces, ¿verdad?

—Supongo que no —dice él riendo—. Pero tengo esperanzas.

Ella se inclina y le susurra de forma conspiradora: —¿Esa cabaña tiene una habitación extra para mí?

—Por supuesto —le susurra él—. Incluso te pondré tu propia cama.

—Entonces puedo convencerla para que venga de visita —le susurra ella—. Si a *mí* también me invitan.

—Trato hecho.

Sonrío mientras se dan la mano.

Ya se ha ganado a mi sobrina, y eso que es un hueso duro de roer.

Esto se está volviendo cada vez más complicado.

En el último día, he ganado tres insignias. Una por cortar leña, otra por hacer una fogata desde cero y otra por hacer una mamada. Las dos primeras me las dio Carla y la última fue de Cyrus.

Dejo que adivinéis cuál fue mi favorita.

—Tienes que poner el peso encima —le dice Cyrus a Violet mientras le enseña cómo enrollar una tienda de campaña correctamente—. Tienes que apretarla lo más posible para que vuelva a caber en la bolsa.

Esos dos se han hecho mejores amigos. Él le ha enseñado todo tipo de tácticas de supervivencia en la naturaleza, mientras yo me quedaba sentada con mi libro.

Pero no he estado *totalmente* ociosa. He conectado con la naturaleza mientras estaba aquí fuera. He aprendido algunos nombres de árboles y pájaros, y las caminatas han sido bastante increíbles.

Este viaje me ha abierto los ojos a la belleza de este lugar. Me ha abierto los ojos a muchas cosas. No va a ser lo mismo volver a la ciudad de Nueva York, viviendo en mi minúsculo apartamento y trabajando en mi estresante empleo. Las noches serán muy solitarias, mi cama vacía estará fría. Sé que voy a estar pensando en Cyrus sin parar, preguntándome qué estará haciendo, preguntándome si estará pensando en mí.

—No quiero volver —le digo cuando casi es hora de partir.

Su rostro se ilumina con esperanza. —¿No?

Niego con la cabeza.

—Entonces quédate —dice en tono desesperado—. Quédate conmigo. Un tiempo, y luego volveremos juntos a la ciudad. Tu jefa lo entenderá.

—No, no lo hará —digo con una risa. Se va a volver loca cuando descubra que no estaré allí el lunes por la mañana. Ni siquiera quería que viniera a este viaje, a pesar de que no me había tomado vacaciones en más de tres años.

—Harás que lo entienda —dice él.

Están buscando abogados y les cuesta mucho encontrarlos. Sé que podría trabajar a tiempo parcial si me pongo firme. Si no les doy otra opción.

—¿Qué vamos a hacer esta noche si me quedo? —pregunto con una sonrisa coqueta.

—Vamos a follar —dice con voz profunda y sensual—. Toda la noche. Tú. Yo. Desnudos. Sudados. Follar duro. Te correrás tantas veces que perderás la cuenta.

Contengo el aliento mientras lo medito durante unos 0,2 segundos. Sí, que le den. No pienso aparecer el lunes por la mañana. Ni el martes.

Ni en el resto del mes, ya puestos.

Me quedo con mi hombre de las montañas.

En nuestro pequeño paraíso montañoso…

EPÍLOGO

Mia

Dos años y un poco después…

—¡Te estás volviendo buenísima! —dice Violet mientras sumerjo con pericia el remo en el lago y maniobro la canoa alrededor de una roca grande.

—¡Lo sé! —Todavía me sorprende cada vez que soy capaz de hacer algo remotamente decente aquí fuera, en el bosque—. ¡Soy como la mejor piragüista, canoísta... lo que sea, del mundo!

Justo cuando digo eso y me confío un poco, una mosca negra me pega un bocado en el cuello. Le doy un manotazo fuerte y la canoa se tambalea peligrosamente.

Violet se da la vuelta y me mira con una ceja levantada. —¿La mejor qué del mundo?

—Olvídalo —mascullo, y las dos nos reímos entre dientes—. Supongo que me he vuelto un poco demasiado engreída.

Ella se ríe mientras vuelve a darse la vuelta y empezamos a remar por el lago, disfrutando de las vistas y sonidos tranquilos y serenos de la naturaleza. Es un día precioso.

Me echo hacia atrás y dejo que la luz del sol bañe mi rostro mientras recuerdo el increíble año que acabo de tener.

¡Hemos tenido un bebé! Un niño adorable al que llamamos Benjamin. Se ha estado quedando con su tía Cassandra unos días mientras nosotros acogíamos a Violet. No quería dejarlo ir, pero Cassandra insistió en que necesitaba pasar tiempo a solas con el pequeño para estrechar lazos. Tiene catorce meses y lo echo muchísimo de menos a pesar de que solo han pasado dos días.

Me encanta verlo con Cyrus. Es el mejor padre. Tan paciente y cariñoso. Mi hijo tiene suerte de tener a un hombre como él en quien fijarse. Y yo también.

Cyrus y yo nos mudamos juntos a la ciudad después de conocernos solo desde hacía unos días. Unas semanas más tarde, compramos un lugar precioso en el Upper West Side. Actualmente pasamos más o menos la mitad del año allí y la otra mitad aquí.

Empiezo a amar de verdad el aire libre y la quietud tranquila del bosque. Siempre estaré agradecida a Cyrus por mostrarme este lado del mundo. Por mostrarme este lado de mí misma. Es tan agradable pasar las mañanas leyendo en el porche mientras Cyrus lleva a Benjamin a su caminata matutina, y las noches viéndolo cortar leña sin camiseta después de que Benjamin se duerma. Es un buen descanso del constante agobio y el estrés de ser abogada en Nueva York.

Mis jefes no se alegraron cuando les dije que quería trabajar a tiempo parcial, y no iban a dejarme hacerlo hasta que los amenacé con dimitir. Cuando vieron que hablaba en serio, me dejaron tomarme todo el tiempo libre que quisiera. Una vez alcanzado el octavo mes de embarazo, decidí cogerme una baja de maternidad indefinida. Todavía no he decidido qué quiero hacer.

Violet viene de vez en cuando a pasar un tiempo con nosotros en la cabaña. Cyrus incluso le dio su propia habitación. Es tan dulce.

Lo adoro. Estoy tan enamorada.

No puedo creer que pensara que no me iba el tipo grande y corpulento. Ahora soy una amante eterna de los hombres de la montaña. Me moriría si alguna vez se afeitara la barba.

—¡Qué pena que este sea mi último día! —dice Violet mientras pasa la mano por el agua—. No quiero volver.

—Tienes colegio mañana —le digo—. Si no, te quedarías aquí.

—No me lo recuerdes —gruñe.

—Puedes volver en verano —le digo—. Nos encantaría que te quedaras con nosotros otra vez. ¡Benjamin estará encantado de tenerte por aquí!

Me encanta que se quede con nosotros, pero al mismo tiempo, me hace ilusión volver a tener el lugar para nosotros solos. Es difícil tener sexo por toda la cabaña durante la hora de la siesta cuando hay una niña de diez años rondando por ahí.

Regresamos y cargamos el quad con sus cosas. El bosque es tan denso y no hay carretera, así que la única forma de entrar y salir es con un vehículo todoterreno.

Cyrus y yo la llevamos al pueblo más cercano, donde mi hermana está esperando para intercambiar niños.

—¡Ahí está mi chico grande! —digo con una sonrisa enorme al ver a Benjamin en su carrito. Empieza a dar patadas y a agitarse de emoción cuando me ve, y juro que mi corazón está a punto de estallar. Es tan malditamente adorable.

Lo saco del cochecito y le doy un fuerte abrazo, inhalando su aroma adorable de bebé. *Ahhh*. Necesitaba esto.

—¿Esas son botas de senderismo? —pregunta mi hermana Cassandra, conteniendo una risa mientras me mira los pies—. No puedo creer que *tú* lleves eso. Cyrus, ¿qué le has hecho?

—He desatado a la mujer de la montaña que llevaba dentro —dice él con orgullo mientras me rodea con su brazo musculoso y besa a su hijo en la mejilla. Le sonrío.

—Este es el estilo que más se lleva por aquí —le digo con una sonrisa—. No tengas envidia.

Cassandra sigue riéndose mientras niega con la cabeza mirando mi calzado. —A la hermana que yo conozco no la verían muerta con eso puesto.

—A la hermana que tú conoces le horroriza tener hiedra venenosa en los tobillos, así que son una necesidad.

Nos despedimos y a Violet se le saltan las lágrimas cuando tiene que irse. Siempre odio decirle adiós. No voy a verla en otros cuantos meses.

—¿Estás bien? —pregunta Cyrus mientras saludo al coche que se aleja.

Suelto un suspiro y luego lo miro. —Seguro que se me pasa durante la siesta de Benjamin.

—¿Tú crees?

—Sí. El sexo sobre la mesa de la cocina surte ese efecto en una chica.

Él sonríe mientras volvemos hacia los vehículos. —Esperemos que esté cansado.

Cuando llegamos de vuelta a casa, Benjamin está bostezando de tanta emoción. Está listo para dormir. Lo acuesto para su siesta y me encuentro a Cyrus esperándome frente a la puerta.

—*Shhhhhhh* —le susurro.

Mi hombre grandullón responde levantándome en silencio y llevándome en brazos a la cocina.

Antes de que me dé cuenta, mi espalda está sobre la mesa, mi ropa en el suelo, mis piernas en el aire y la polla de mi gigante hombre de la montaña alojada profundamente en mi húmedo coño.

Se siente tan jodidamente grande. Cada vez es como la primera vez.

—He estado deseando hacer esto toda la puta semana —gruñe mientras empieza a mover esas caderas poderosas, embistiendo con fuerza.

—Vamos a tener que recuperar todo ese tiempo perdido —digo mientras mis ojos recorren todo su cuerpo desnudo: su pecho ancho, sus abdominales duros, la V de su pelvis, su barba larga y sexy. Me encanta todo. Esta es mi posición favorita porque me encanta mirarlo mientras embiste su gruesa polla dentro de mí. Es el hombre más sexy que he visto en mi vida.

El ritmo y la intensidad aumentan hasta que me agarro al borde de la mesa, arqueando la espalda y apretando los dientes, tratando de no gritar y despertar al bebé. Me corro con fuerza por toda su polla larga y gruesa.

Él hace una mueca cuando mi coño se aprieta a su alrededor. Es suficiente para que él también estalle. Se corre con fuerza también, llenándome de un calor pegajoso.

Joder, qué bien sienta…

Espero que Benjamin esté cansado, porque ni de lejos hemos terminado.

Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

En cada superficie plana de esta cabaña.

Oh, sí…

EPÍLOGO

Cyrus

Veinte años después…

—Buena técnica —me vacila mi Mia mientras acerca una silla para observarme.

Le devuelvo la sonrisa mientras me seco el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¿Vas a quedarte ahí sentada con tu vino solo para mirar? —bromeo.

—¡Exacto! —dice ella con una sonrisa antes de darle un sorbo generoso.

—Hay otra hacha en el cobertizo por si quieres participar.

—Ni hablar. Estoy bien así.

Se acomoda a su gusto y me observa mientras coloco otro trozo de madera en el bloque de cortar.

—Ah, y quítate la camiseta —añade con una sonrisa sexy.

¿Cómo voy a decirle que no a eso?

Cruzo los brazos, agarro el bajo de la camiseta con ambas manos y me la quito. Oigo que suelta un pequeño gemido cuando la arrojo detrás de mí.

Estoy más fuerte que nunca. Es otoño y me he estado preparando para el invierno cortando un montón enorme de leña.

—¿Mejor? —pregunto con una sonrisa.

No despega los ojos de mi pecho y mis abdominales mientras asiente.

—*Mucho* mejor.

Sonrío para mis adentros mientras sigo cortando leña; levanto el hacha y la bajo con fuerza soltando un gruñido. Le pongo un toque extra de gravedad a mis gruñidos y me aseguro de tensar los brazos al sacar el hacha del bloque. Mi chica se merece un espectáculo.

Ha sido una esposa increíble y una madre fabulosa.

Le he dado cuatro hijos; los cuatro son varones.

Intentamos alternar entre la ciudad y el bosque, pero la cosa no funcionó muy bien una vez que tuvimos niños. Estar cargando el coche constantemente y lidiar con el demencial tráfico de New York... simplemente no era viable.

Tras enamorarse del bosque, Mia ya no quería pasar sus días en la oficina. Dejó su trabajo como abogada y yo vendí mi empresa. Nos deshicimos de nuestras propiedades en New York, pero no pude vender la cabaña. Ya no vengo por aquí muy a menudo, pero nunca me desprenderé de ella.

Nos mudamos a un pequeño pueblo de montaña donde los niños pudieran ir al colegio y yo pudiera seguir disfrutando de mi tiempo en la naturaleza. El dinero ya no era una preocupación, pero Mia consiguió un trabajo a tiempo parcial en la biblioteca local para poder salir de casa de vez en cuando. Adora a las mujeres con las que trabaja y pronto se convirtieron en sus mejores amigas.

Han sido dos décadas maravillosas y cada vez estoy más enamorado de esta belleza sexy a medida que pasa el tiempo.

Nuestro amor de verdad que no tiene límites. Sigue haciéndose más profundo con cada nueva experiencia que afrontamos.

—¿Sabes qué sería todavía mejor? —dice con una expresión pícara en su adorable rostro.

—¿El qué? —pregunto mientras clavo el hacha en la madera con un gruñido.

—Quítate los pantalones.

—¿Quieres que me quite los pantalones?

—Y la ropa interior también.

Me río.

—Nunca he cortado leña desnudo.

—Ya me he dado cuenta. Vamos. Pronto es mi cumpleaños.

—¡Es el mes que viene!

—¡Eso es pronto!

—¡No, no lo es!

—En una línea temporal lo bastante larga, sí lo es.

Sacudo la cabeza y me río entre dientes. Esta mujer no deja de sorprenderme nunca.

—¿Quieres ver cómo se me balancea la polla mientras corto leña? —pregunto—. ¿Qué tiene eso de sexy?

—Créeme —dice lamiéndose los labios—. Es muy sexy.

Suelto el hacha con un suspiro. —Está bien. Si es lo que quieres.

Aplaude con entusiasmo mientras se incorpora en la silla. Sigo sacudiendo la cabeza con incredulidad mientras me desabrocho los pantalones y me los bajo.

Ya estoy medio erecto (siempre lo estoy en su presencia) y ella traga saliva con los ojos muy abiertos cuando arrojo mis pantalones y mi ropa interior a un lado.

La hermana de Mia, Cassandra, se ha quedado con nuestros hijos en casa este fin de semana para que pudiéramos tener una escapada romántica en nuestra cabaña aislada. No hay nadie en kilómetros a la redonda.

Continúo cortando madera mientras mi pervertida esposa me observa con avidez.

No tarda mucho en bajarse de la silla y acercarse con hambre en la mirada.

Suelto el hacha a un lado cuando llega hasta mí y me lame el pecho.

—*Oh, joder* —gruño cuando siento que su mano fría rodea mi miembro. Se endurece de inmediato. Empieza a acariciarme mientras me lame el pezón.

—Este sí que es el tipo de madera que no me importa manejar —dice lamiéndose los labios.

Observo con asombro cómo cae de rodillas y me mete en su boca. Se ha vuelto muy buena en esto.

Le encanta practicar.

—Así que todo esto era parte de tu plan, ¿verdad?

Me aprieta la polla con la mano mientras se la saca de la boca. La presiona contra su mejilla mientras me sonríe desde abajo, con esos sexis ojos verdes brillando.

—Tal vez. Tal vez no.

Me lanza una sonrisa coqueta antes de volver a rodear mi polla con sus labios, con los ojos cerrados y un gemido profundo, como si hubiera estado esperando esto con ansias todo el día.

Su mano se desliza por mi abdomen firme mientras su boca recorre toda mi longitud. Su boquita de zorra se siente increíble. Sabe perfectamente cómo tratar a su hombre.

Gimo y gruño mientras me la chupa como una profesional. No tardo mucho en sentir que un orgasmo se va formando en mi interior. Crece en intensidad mientras amenaza con estallar.

—*Joder* —gruño mientras lucho por contenerlo. Cuanto más lo hago, más intenso se vuelve.

Mia ve que intento contenerme, pero no piensa permitirlo. Empieza a chupármela con más fuerza, deslizando esos labios apretados por mi miembro mientras su lengua caliente me provoca.

—Me voy a correr —le advierto.

Apoya las palmas de las manos en mis muslos musculosos y me hace una garganta profunda, metiéndose mi polla hasta el fondo. Esos sexis ruidos de succión y atragantamiento terminan de rematarme.

Me corro con fuerza en su boca, disparando chorros de semen caliente en el fondo de la garganta de mi ángel.

Ella también se corre. Me encanta eso de ella. Se pone tan cachonda con mi polla que puede llegar al orgasmo sin ninguna estimulación en su coño.

La observo con el pecho agitado por las respiraciones pesadas mientras me lame lentamente toda la polla hasta dejarla limpia. Emite esos pequeños gemidos de deleite como si estuviera disfrutando de un manjar exquisito.

—Ocúpate tú de esa madera —dice, señalando el montón de troncos que aún faltan por cortar—, que yo me ocuparé de esta otra.

—Me parece un trato justo —le digo—. Te ocupas de ella tan bien.

Me besa el miembro, se levanta, se limpia la boca, coge su copa de vino y regresa a su silla.

—Continúa —dice mientras se sienta y le da un sorbo al vino—. Mi espectáculo no ha terminado.

Sonrío negando con la cabeza mientras agarro un trozo de leña y lo coloco en el bloque.

Con un gruñido salvaje, descargo el hacha sobre él, esperando que a mi preciosa chica le guste lo que ve.

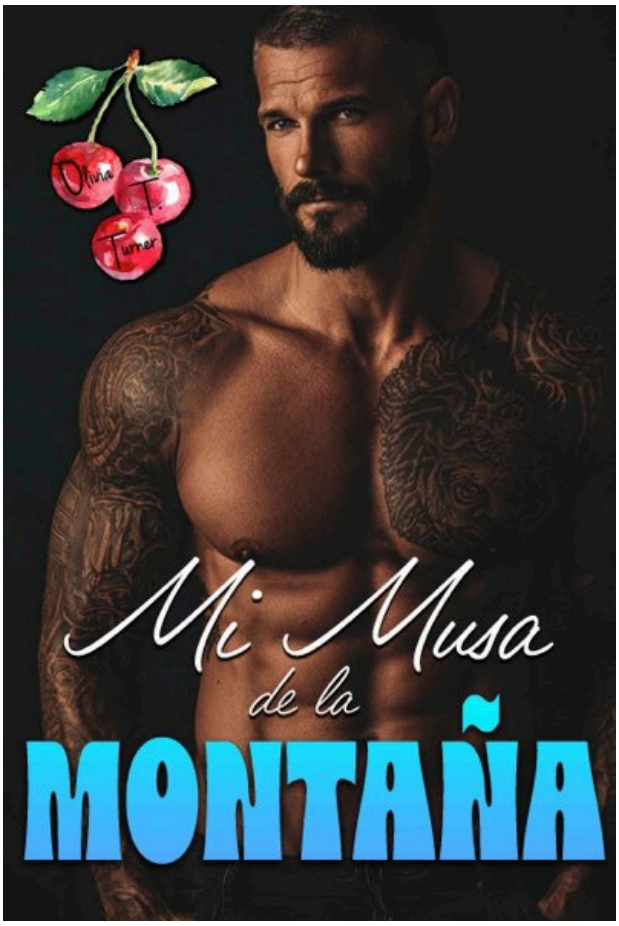
Por la mirada de esos sexis ojos verdes, diría que sí.

El fin.

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ



Mi Musa de la Montaña
Olivia T. Turner

Obtén el libro aquí

Siempre he soñado con alquilar una cabaña en las montañas durante una semana para escribir una novela romántica y por fin estoy aquí. Tengo todo lo que necesito.
- Cabaña de madera en una montaña apartada (listo)
- Una semana libre en el trabajo para no hacer otra cosa que escribir (listo)
- Una ligera nevada cayendo fuera mientras estoy sentada bajo una manta en el escritorio (listo)
- Una increíble historia de amor que se escribe sola (¿qué es lo contrario de «listo»?)

Es mi segundo día aquí y no he escrito ni una palabra.
¿Se puede seguir teniendo el bloqueo del escritor si no eres una escritora de verdad?
Todo es un desastre hasta que, paseando por el bosque, veo la inspiración que tanto necesitaba.
Y viene en un formato grande, barbudo y gruñón.
Se llama Jayden Rowe y es un rudo montañés que dice ser el dueño de todo en esta montaña.
Incluyéndome a mí.
De repente, al poder quedarme embobada mirando el torso desnudo de Jayden mientras corta leña, las palabras empiezan a fluir y mi libro cobra vida.
Pero cuando llega el momento de escribir la escena de amor, las palabras se agotan y me quedo en blanco.
Lo que necesito es un poco de inspiración de un montañés para que el libro vuelva a arrancar.
Investigación. Eso es lo que necesito.
Una investigación tórrida, sudorosa y sensual con mi nuevo y guapísimo amigo montañés.
Ahí es cuando decido que voy a seducir a Jayden…
…con fines de investigación, por supuesto.

¿Estás preparada para un montañés que empuña un hacha y sabe cómo manejar su madera? Lily te hará reír, y Jayden te hará suspirar y tener que parar para abanicarte con tu Kindle.

¡Coge una copa de vino, encierra a todo el mundo fuera de la habitación y prepárate para pasar un rato salvaje con esta alocada pareja!
¡Sin infidelidades y con un final feliz invernal!

Obtén el libro aquí



Los Chicos de la Montaña Greene - Box Set #1
Libro 1 - 5
Olivia T. Turner

Obtén el libro aquí

Ven a las Greene Mountains, donde te espera un atractivo y posesivo montañés…

1. Perdida en las montañas
¡No pasa nada! Solo voy a pasar la noche con un misterioso y atractivo montañés. A solas. En su montaña apartada. Donde nadie puede oír mis gritos. ¿Qué hay de malo en eso?

2. Deseo en las montañas
Me quedo boquiabierta mientras miro con asombro a este enorme hombre de la montaña sin camiseta. Se me entumece todo el cuerpo. ¿*Ese* es el Sr. Wallis? ¿*Ese* es mi nuevo jefe?

3. Pasión en las montañas

El río está helado y no sé mucho sobre el encogimiento más allá de aquel episodio de Seinfeld, pero estoy segura de que con el agua tan fría no debería ser tan *grande*.

4. Encontrado en las montañas
Me temblaban las manos. Literalmente. Me he enfrentado a un oso grizzly gruñendo y un cazador furioso me ha apuntado a la frente con una escopeta, y las manos no me temblaron. Bueno, pues esta belleza me ha hecho estremecer. Ella es la elegida para mí.

5. Gruñón en las montañas
La puerta mosquitera se abre y se cierra con un golpe. Levanto la vista rápidamente y trago saliva al ver a Colin salir al porche. Pensaba que estaba preparada para verle, pero me estoy dando cuenta rápido de que no lo estoy en absoluto. Años de emociones enterradas resurgen como un volcán a punto de estallar.
Se me oprime el pecho mientras me levanto poco a poco.
Está justo como lo recordaba, pero al mismo tiempo muy diferente. Parece un hombre que se ha endurecido con los años. Ya no hay sonrisas fáciles cuando me ve. De hecho, no hay ninguna sonrisa. Esos ojos de color marrón oscuro son tan intensos como los recordaba. Me está mirando, pero su rostro no transmite nada. No sé si se alegra de verme o si quiere lanzarme montaña abajo.
—Hola, Colin— digo con una sonrisa nerviosa. —He vuelto a casa.

¿Alguien tiene antojo de unos atractivos montañeses barbudos con actitud posesiva? ¡Se prevé mucha pasión en las Greene Mountains!

Sin engaños y con finales felices superdulces garantizados.

Obtén el libro aquí
